

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertencen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Para comercializar ejemplares en soporte papel
se debe solicitar acreditación
como impresor autorizado.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

<http://editores.sub.cc/>



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Para ver una copia de esta licencia,
visita http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es_AR.



Ediciones Turas Mór



Terror
Fantasia
Ciencia ficción

JORÉ
Od'15

40



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial 3

Rectificando imágenes de aparentes tortugas
(TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA - GUILLERMO ECHEVERRÍA) 5

Ciclo (CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO) 39

Destino final (ANTONIO SUÁREZ MORENO) 41

El señor Gorostiaga (MARTÍN DURAND) 45

El olor de los frutales en primavera (CARLOS PÉREZ JARA) 50

NM

www.revistanm.com.ar
 director@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com
<http://sites.google.com/site/revistanm> / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita en formato electrónico, dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1604307355772

Se agradece por haber tomado parte en este número a: DANIEL SALVO, EDUARDO POGGI, RICARDO G. GIORNO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: “*Outsider*” (JORÉ ESCALERA)
<http://jore.artstation.com/>

Musicalización estocástica: *Nuevos mundos "remix"* (SPURR)
<https://soundcloud.com/spurr-330152503/gabriel-pereira-spurr-nuevos-mundos-remix>

sin prisa—. Aquí todos somos sus amigos. Todos. Si se porta bien, y seguro que lo hace, yo misma le voy a dar un tarro con mucha fruta. ¿No es cierto que está rica?

Con la boca entreabierta, el anciano no dejaba de sonreír en ningún momento.

© CARLOS PÉREZ JARA, 2016.

CARLOS PÉREZ JARA
(España —Sevilla, 1977—)

Licenciado en Economía, pero — pese a ello — meduloso escritor, colabora de modo habitual en “El Catoblepas” (www.nodulo.org/ec/aut/cpj.htm).

Sus historias también han aparecido en diversas revistas especializadas, como la **Axxón**, **Próxima**, **Korad** o **Planetas Prohibidos**. Aborda el género de terror en selecciones de cuentos como “Calabazas en el trastero”, de la editorial española Saco de Huesos y fue seleccionado en los periodos 2010-2011 y 2011-2013 para la antología de relatos “Fabricantes de sueños”. Publicado en España, Argentina y Cuba, es asimismo el autor de la novela de terror fantástico *Los viajeros del sarcófago*, publicada en la editorial Gente Nueva, dentro de su colección Ámbar (2014).

En **NM** publicó “Piel y tinieblas” (# 30), “La muerte es un río inagotable” (# 32) y “Glio o la soledad del vigilante” (# 36).

	<p>PROXIMA es una revista trimestral dedicada a la difusión del género fantástico y la ciencia ficción producidos en el mundo hispanohablante.</p> <p>http://revistaproxima.blogspot.com/</p>	<p>CONSÍGALA EN:</p> <ul style="list-style-type: none"> CLUB DEL CÓMIC: Montevideo 255, CABA CLUB ORSAI / QUIOSQUITO DE LIBROS: Estados Unidos 2786, CABA EL BANQUETE LIBROS: La Pampa 2508, CABA ENTELEQUIA Belgrano: Juramento 2584, CABA ENTELEQUIA Centro: Uruguay 341, CABA ESPACIO MOEBIUS: Buñes 658, CABA KIOSCO DE DIARIOS Y REVISTAS PUCARÁ: Av. Corrientes 5509, CABA LA COMARCA. THE OUTER RING COMICS: Neuquén 599, CABA LIBRERÍA TERRAMAR: Av. de Mayo 1110, CABA TARDIS. Kiosco de revistas, cómics y libros: Av. Independencia esq. Perú, CABA KIOSCO DE DIARIOS MORENO: Plovano esq. Martínez Melo, Moreno (BA) LIBRERÍA LIPI-BROPOS: Martínez Melo 178, Moreno (BA) LIBRERÍA TIEMPOS DE PAPEL: Calle 27 n° 354, et 16 y 18, Mercedes (BA) PURO CÓMIC: 3 de Febrero 1180, Rosario (SF) <p>TAMBIÉN EN:</p>
--	---	--

—¡Vamos! —dijo ahora el Necesario del centro—. No tenga miedo de nosotros. Aquí no tiene que tener miedo de nada.

Había olvidado tantas cosas, pensó confuso, como si lo hubieran arrojado por un túnel del tiempo hasta caer en esa sala, con las siluetas móviles de las criaturas marinas sobre el suelo de mármol. Miraba a los Necesarios con otro brillo en sus ojos, y entonces sonrió con su dentadura escasa y medio podrida.

—Es el último recurso —le había repetido Belfes antes de que huyeran del Castillo; antes de que una larga cadena de pérdidas y traiciones lo redujesen a la miseria y la locura—. Aquí arriba sería el fin de todos nosotros, ¿me comprende? El fin, Excelencia.

—¿Funciona? —recordaba haber preguntado, y se pasó la lengua por el diente para inspeccionar sus aristas.

—Puede estar seguro de que funciona. Nadie podría encontrarlo, nunca. Es invisible a resonancias y a cualquier dispositivo de rastreo.

—¿Algo más?

—Tiene un radio de influencia de trescientos metros desde el epicentro. Más allá la señal se pierde y carece de eficacia.

Se lo explicaron por medio de un plano muy simple; había receptores del detonador secreto dentro del Castillo. Desde sus émbolos en miniatura era posible proyectar otra señal refleja, que viajaría como la luz por unos filamentos subterráneos, más y más abajo. Los filamentos llevarían luego el enlace hasta ciertos depósitos ocul-

tos, donde los robots excavadores guardaron el sarcófago. Apenas dos segundos después, la Bomba de Disolución Definitiva se activaría, fundiendo el núcleo de Ragatus; entonces, el conjunto de sus tesoros sería desintegrado en el espacio junto con el planeta.

—Ha perdido la cabeza —masculló la Necesaria, llevándose otro *igu* a la boca. Sí, ahora lo recordaba todo, y en un instante imaginó la chispa de la señal, los receptores secretos activados, el fluido eléctrico pasando por los cables de los tubos, justo debajo de donde estaban; el parpadeo de un objeto desolador dentro del sarcófago. Lo imaginó con tanta precisión que enseguida se dio cuenta de que poseía también otros poderes: los de ver el futuro; el suyo y el de aquellos Necesarios.

Nero, hijo mío, pensó. Despacio, empujó con la lengua la placa superior de su diente. Ahora recordaba su último uso; la razón definitiva. Al principio le costó moverla, e incluso sintió el sabor a óxido de su sangre, pero la plancha se fue desplazando con lentitud, como la tapadera de un pozo sellado; después de varias décadas encerrada, la diminuta membrana del detonador emergió al fin sin protección alguna.

—Pero hablará —dijo otro, y su asiento flotante se elevó unos centímetros respecto al grupo—, ¿verdad que hablará, Entidad?

Un nuevo *igu* rodó hasta sus pies como una canica voluminosa.

—¡Coma, Excelencia! —ofreció la Necesaria, escupiendo otro hueso

Una tarde, en la ciudad de Buenos Aires, un florista japonés le mostraba una planta a una potencial compradora y, ante alguna pregunta de ésta, le respondía: “Todo lo que está vivo tiene que morir”.

En *La rama dorada*, FRAZER describe los rituales y tradiciones con los que las sociedades primitivas trataban de propiciar y conservar el orden del universo, en medio de una visión mágica de la existencia plagada de fastos y nefastos, frente a esa muerte que —en términos generales— les causaba pavor. Él y otros antropólogos dibujan un recorrido en el que un mero brujo se transforma en chamán, para ir decantando —en sucesivas evoluciones— hasta convertirse en el sacerdote de una religión organizada, que generalmente comparte el poder con un gobierno secular.

Desde nuestra perspectiva moderna, consideramos que todas esas culturas —separadas tanto en el espacio como en el tiempo— se encontraban o se encuentran inmersas en la superstición, atadas a una visión acientífica de los fenómenos de la naturaleza.

No obstante, si —como lectores y autores de literatura fantástica— desplazamos un poco el punto de observación lineal y tridimensional, podemos llegar a sorprendernos bastante, como nos ocurre siempre con la lectura de un buen cuento.

Por ejemplo, durante el siglo xx la Argentina vivió golpes de Estado trascendentes en 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976, lo que podría promediarse como uno cada doce años. A partir de 1983, con la restauración de una pretendida democracia, los tanques en la calle estuvieron mal vistos, pero el sistema aproximadamente “decádico” siguió vigente.

En 2009 el primer gobierno constitucional después de toda la seguidilla anterior tuvo que retirarse antes de tiempo —aunque ya no por imposición de las armas— y se inició una nueva etapa cuasidecenal.

A partir de ahí tomaron el poder los nuevos chamanes (los miembros encumbrados de los partidos) y erigieron una nueva religión. La Democracia vino a ser la diosa Razón del siglo XXI, fecundada por su padre y esposo Derechos Humanos. Entre los dos parieron a un hijo Justicia 2.0, ante el altar del cual —cada diez años aproximadamente— sacrifican un chivo expiatorio, como en la tradición mosaica.

Nos ocupamos de que alguien cargue no sólo con sus pecados, sino con todos los de los demás. Lo arrojamos al desierto de la opinión pública y nos sentimos liberados, mientras seguimos saltando los molinetes del subte (porque este servicio es un robo) o remarcamos los precios de nuestro almacén (por las dudas). Total, el que roba —nos decimos— es el de arriba; porque, como si fuéramos vampiros, no nos miramos (no nos vemos) en el espejo.

En tal sentido, MIRCEA ELIADE hacía referencia a este fenómeno en *El eterno retorno*. ERNST JÜNGER, su amigo y coeditor en la revista **Antaios**, prefería hablar de “el retorno de lo eterno”. Porque, en definitiva, nuestro racionalismo no puede evitar la visión mística del ser humano frente al Universo, dado que somos capaces de darnos cuenta de que todo no puede ser fruto del azar. Pero nos cuesta escapar a la rebeldía que nos genera esa sensación de no poder manejar las cosas, de ser apenas como dioses, sin mayor poder.

La humildad —la única opción para evitar caer en la tentación de la soberbia y la vanidad, eso que nos puede llegar a degradar— acaso está sugerida en la obra de JÜNGER. *Eumeswill*, *Heliópolis* y *Sobre los acantilados de mármol* finalizan con una partida. En la primera, Martín Venator desaparece en el bosque con el Cóndor. En las otras dos, el protagonista se despide de su morada después de una aparente derrota, luego de un funeral.

En lo personal, ya hemos cargado muchos féretros y se abren nuevos proyectos en el horizonte. Sería cada vez más difícil cubrir el tiempo, el esfuerzo y los gastos que demanda **NM** y entendemos que el proyecto no merece llegar a una decadencia que desmerezca los niveles de calidad alcanzados, por lo que lo su cancelación en este punto parece lo más adecuado.

Fueron diez años de satisfacciones y de logros compartidos con colaboradores y lectores. Recordemos cada número con alegría y repitamos siempre que “no está muerto lo que yace eternamente”.

Gracias a todos. Por todo.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 5. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con PDF-Xchange Viewer y jPDF Tweak 1.1.

—Cuánto. Cuánto te han ofrecido por traicionarme. Necesito saber la cifra.

Belfes abrió la boca, asustado.

—Yo, Excelencia, eso no es...

Lo traicionaron y, aunque pudo acabar con Belfes y otros cabecillas, se vio obligado a seguir huyendo al norte con un grupo más reducido. A veces tenía deseos extraños, sobre todo cuando pasaba varias noches en vela, escuchando el ruido del viento sobre los árboles de una región lejana; lo embargaba el impulso de entregarse a los usurpadores sólo para acceder así a su propia venganza. Así cayó en la bebida, mientras lo iban abandonando los que una vez le habían jurado fidelidad eterna. Por aquel entonces veía traidores por todas partes, y se imaginaba una conjura final para llevarlo con los Necesarios y ejecutarlo en acto público.

—No podrán —solía decir entre el delirio de sus borracheras, y una tarde decidió seguir su camino solo; ya no podía confiar en nadie, y con nadie estaba seguro. Al principio caminó por las aldeas con el dinero acumulado que llevaba en una bolsa. Se disfrazó con ropas de peregrino, y una barba oscura y tersa cubrió parte de su rostro aún maduro. Pero los días se disolvieron como el jugo de alcohol que tomaba con frecuencia, y una noche se encontró tirado en el campo, sin su bolsa.

A la intemperie, se refugiaba en graneros abandonados, tocando la muela con su lengua como si quisiese extirparla de golpe. Accesos repentinos de llanto o risa lo sacudían al

amanecer o con la llegada de la noche. Empezó a delirar... Sí, era difícil recordarlo, pero de toda aquella época, que había durado tantos años, sólo conservaba una idea más o menos precisa: la de que se había ido convirtiendo en otro hombre sin saberlo. Por las noches se agitaba en medio de pesadillas incomprensibles; un niño acudía a verlo en sus trastornos.

—Hola, papá —le decía con la barbilla manchada de *igus*—. ¿Por qué no vuelves con nosotros? Te estamos esperando.

Quería huir también de ese niño, y de todo lo que lo relacionara. En las aldeas o en el campo deambulaba cada día más lejos de sí mismo. El roce de su lengua con el diente era sólo una compulsión obsesiva, sin propósito ni finalidad. Así acabó por refugiarse bajo los alerones de alguna iglesia antigua, oyendo caer la lluvia del otoño, o al amparo de algún aldeaño hospitalario que le ofrecía comida a cambio de trabajo en las huertas o los almacenes.

En alguna ocasión divisaba cosas sin testigos: rostros, gentes o fantasmas que parecían haberlo encontrado en una búsqueda incesante entre las sombras, pero ya no podía vincularlos a su propia existencia; eran como cáscaras desprendidas, costras y residuos de algo que no era él de ninguna forma. No... Aquellos años habían pasado como el susurro de una brisa, y de ellos apenas conservaba impresiones materiales fugaces: el sabor de los frutos silvestres, los olores de la tierra húmeda, la madera podrida...

logros de su mandato cayeran en manos de aquellos sediciosos sin escrúpulos. Sus mejores hombres decidieron complacerlo.

—Ganaremos la Guerra —le aseguró Belfes, su brazo derecho en la estrategia bélica—. Ya tenemos preparadas las máquinas.

Así, encerraron las Membranas y los Canalizadores en un sarcófago hermético, debajo del mismo Castillo. Luego hundieron la enorme caja hasta una profundidad cercana al núcleo de ese planeta, junto con el último ingenio de su poder, la Bomba de Disolución Definitiva. Habían probado el artefacto con el mundo medio despoblado de Iyuka; tras la onda expansiva no quedó nada, salvo una inmensa estela de meteoritos por el espacio. El detonador se encontraba en una cámara secreta, bajo tierra, pero poco antes de que los Necesarios llegasen decidió dar una última orden.

—Si derrumban la cámara todo esto será inútil —dijo a Belfes.

—Tendremos lo que pide, Excelencia. Es una labor... algo delicada. Nunca se ha hecho. Ninguna Entidad...

—Asumo los riesgos, Belfes. No podemos arriesgarnos a que caiga en sus manos.

—Sí, Excelencia... Trataremos de implantarlo mañana. Le doy mi palabra.

—Otra cosa —recordaba haber dicho—. Quiero que saquen a Nero de Ooc, cuanto antes. ¿Me oye? Cuanto antes. Ésa es mi orden prioritaria.

Algo más tarde huyó en un acorazado con parte de su ejército. Se refugiaron

en una región montañosa... ¿cómo se llamaba? Aún no estaba seguro, pero allí pasaron varias estaciones, a la espera de que le trajesen a su hijo. Pero los Necesarios habían llegado antes a la fortaleza de Ooc y sus alrededores.

—Quieren negociar, Excelencia —le reveló Belfes una noche—. Su hijo a cambio de nuestra salida de Ragatus.

Se encontraba en el palacete de uno de sus grandes barones, insomne y medio arruinado, conservando cada día la esperanza de poder recuperar todo lo que había sido suyo. O casi todo.

—Nero está muerto —recordó haber dicho, y una nueva fibra de la memoria se enroscó entre otros recuerdos dispersos; los de alguien que le había contado en confidencia lo sucedido. Al parecer, sus enemigos habían llevado a su hijo a un ala del Castillo donde se lo cuidaba bien, pero por desgracia el niño sucumbió casi enseguida a una infección para la que los Necesarios no encontraron remedio alguno. Desde entonces había guardado el secreto como una semilla de su odio hacia quienes habían logrado convertir su imperio en un erial sin límites. Nero. Si no lo hubiera castigado con irse a Ooc... Ya no tenía otra idea que la de reducir a escombros a aquellos miserables venidos de otros mundos.

—Eso es imposible —había respondido Belfes, con el rostro arrugado por el asombro—. Ellos juran...

—¿Por cuánto?

—¿Cómo...? —farfulló su analista militar.

RECTIFICANDO IMÁGENES DE APARENTES TORTUGAS

TERESA P. MIRA DE ECHEVERRÍA - GUILLERMO ECHEVERRÍA

La gran válvula fluctuaba en el cielo. Un espejismo que conectaba las esclusas del puerto espacial con las del puerto marítimo, decapitando el tiempo mismo y la esencia de la realidad que éste alimenta.

Bajo ella, la carretera —como una larga serpiente reptando a la vera de la playa negra— ondulaba entre el mar y las montañas, rodeando el Paso de la Guillotina.

En su tramo final, el camino se hundía en un interminable bosque de nevas profundamente rojas, enormemente altas y perturbadoramente añosas.

La digna y casi perfecta majestuosidad reticular que produce la bromúrica simetría névica convertía al paisaje en un bosque de fractales, un típico ecosistema del helado cordón ecuatorial: escarcha de galio, pseudohelechos dorados, grises corios aulladores reptando como veloces

lobos de metal por entre las nevas, montañas congeladas y una soledad tan inmensa como la del azafranado cielo y el plateado mar de mercurio.

El vehículo comenzó a ganar velocidad mientras el fondo musical del calmo y oleoso mar de mercurio murmuraba y gruñía a su derecha, copiando en volutas impresionistas los mil tonos de amarillos, ámbares, ocre y dorados de las nubes.

El tacómetro volaba: 3ab, 3af, 4ba... Sólo el fuerte viento en contra impedía una mayor aceleración.

El hombre miró hacia su derecha; el inverosímil mar mercurial, eternamente cubierto por un fino y grisáceo velo gaseoso, se agitaba lento y aparentemente moroso hasta la playa, para estrellarse de pronto, plateado y tornasolado, contra la orilla, veinte metros más abajo.

El tacómetro seguía ganando en cifras: 4bg, 4fb, 4xc...

La pesada rompiente esparcía sobre la arena de ónix una lluvia de espesas perlas de plata perfectamente esféricas. Allí permanecerían varios días, hasta que su acumulación las arrastrase de nuevo al mar del que habían surgido.

El hombre obligó al vehículo a doblar en la siguiente curva; lo hizo casi sin pensarlo, perdiendo la mirada en el helado cordón montañoso que tenía al frente. Al observar la mole gris azulada pensó en Van Gogh.

El sinuoso camino empezó a descender hacia el sanguíneo bosque y él tomó el siguiente giro sin reparar en que la gravedad lo ayudaba a acelerar.

Un grupo de glicos silvestres alzó de pronto el vuelo, alarmados por el paso del vehículo, haciendo que el hombre extraviase la vista entre sus verdes alas. Durante unos segundos se quedó contemplando ese cielo coronado ya por el blanco e intrascendente sol.

Casi sobre el cenit, las cinco inmensas lunas artificiales tironeaban, arracimadas, de las pesadas mareas de mercurio, mientras difundían —amplificándola como espejos— la escasa luz de la estrella madre.

Arriba, en las cinco plataformas satelitales, estaban los espaciopuertos y los cronopuertos. Abajo, en la superficie del planeta, se erigía el hidrargiropuerto. En medio, dorada y refulgente, se hallaba la Guillotina, flotando como un anillo estacionario en la atmósfera baja; siempre encendida y siempre quieta, ominosa y brutal entre las esclusas.

El camino se había transformado en una senda de escarcha de galio.

Más allá de las ventanillas y la calefacción del vehículo estaba comenzando el alto invierno.

La siguiente curva apareció de pronto.

Con un ademán prendió el reproductor de música. Un solo de bajo eléctrico cubrió el paisaje. Era una suma de rítmicos sonidos graves, distribuidos en pentagramas matemáticamente prefijados, con notas rigurosamente precisas.

El hombre pensó que la exactitud de las formas musicales encajaba muy bien con la simetría homeométrica de las elegantes copas de las nevas: un uniforme bermellón que se acercaba más y más, a creciente velocidad.

El camino se estrechó de pronto y comenzó a alejarse del mar mercurial, adentrándose en la garganta montañosa.

El brillo de la guillotina tapizaba de reflejos dorados las congeladas paredes azules del cañón que ahora enjaulaban al vehículo.

El hombre volvió a tomar otra curva sin bajar la velocidad, derrapando levemente, mientras tamborileaba con los dedos en la barra de comando.

Entonces, el bosque resurgió frente a él sin previo aviso. Como una sorpresa terrible se abalanzó con sus decenas de miles de colonias semivegetales, con sus sombras, con sus fantasmas, con su cartel: *Fin del camino*.

En un instante, el hombre vio avanzar como una tromba, el rojo de las nevas. Estaban ya a escasos veinte metros delante de él. Su mente leyó el cartel y el puño golpeó sobre

sonrisa manchada y culpable de fruta del niño.

—Entidad —había dicho el hombre corpulento—. Estaba en la plantación de valrias que mandó plantar arriba.

—Me has desobedecido —dijo, y en ese instante recordó que había llegado a decir esas palabras.

—Pero papá... —protestó el niño con una mueca de frustración y rabia. Tenía el mismo pelo cobrizo de su madre, aunque ya era posible reconocer la huella de sus rasgos en el color de sus ojos, en la forma redonda de sus orejas, o en la misma línea severa de su boca al cerrarla contrariado.

—Ahora conocerás el precio de infringir mi autoridad.

El hombre se agachó para que Nero bajara a la tierra, ahora refregando el dorso de su mano por sus párpados.

—¿Crees que puedes desobedecerme, Nero? Me prometiste que ibas a cambiar y que no harías sufrir a Darila, pero veo que confundes el afecto con el abuso. Veo que me obligas a tomar decisiones. Por eso vas a ir a la fortaleza de Ooc con tu instructor Adred. Estarás allí durante toda la estación de sombras.

—¡No, allí no, por favor! ¡Papá!

—Cada día tengo que manejar el peso de unos problemas que no te imaginas. Pero tú debes ser mi futuro, hijo, y para eso es necesario que aprendas con el castigo, si hace falta. ¿Sabes lo que es gobernar las vidas de los cinco planetas de nuestro sistema, Nero? ¡Tienes que aprender mucho, y rápido!

Nero, hijo mío, recordó, mientras un hilo de saliva mojaba su camisa. Sólo entonces se vio caminando junto al pequeño, mientras varios soldados lo acompañaban como escolta personal, a través de un sendero de losas blancas. Llevaba un traje sobrio de color gris con un escudo de oro en el pecho: el símbolo del Ente Supremo.

Antes, mucho antes de que apreciaran los Necesarios, había sido el hombre más poderoso del sistema solar de Ocrates, una presencia amada y temida que controlaba mundos y satélites como si fueran suyos; era la Entidad, el dominador de planetas, jefe único y absoluto de los ejércitos. Sus designios eran siempre leyes sagradas para millones de súbditos que nunca lo habían llegado a ver en persona. De hecho, en algunas colonias incluso se sospechaba que jamás hubiera existido, como si fuese una silueta imaginaria concebida por una liga de farsantes. Pero en muchas tierras fieles se edificaron iglesias en su honor donde se lo veneraba con cultos y ceremonias a su figura.

—Ent... —murmuró, y bajo la lengua notó la dureza de algo que escupió al suelo: un hueso de fruta.

La Guerra no duró demasiado. Tras la rebelión de varios mundos contra su hegemonía, los Necesarios tomaron el poder en multitud de lugares. Después de todo, era obvio lo que deseaban antes que ninguna otra cosa: conocimientos que pudieran convertirlos en dioses. Pero no estaba dispuesto a permitir que los

se lo aseguro. Siempre supe que estaba vivo, donde quiera que estuviese.

—¿Dónde escondieron las Membranas? —dijo la otra mujer, una Necesaria madura y escuálida de ojos hundidos. El anciano miró perplejo a unos y a otros, y de cuando en cuando observaba el techo para ver ese asombroso acuario sobre su cabeza. Luego bajó la mirada a las hojas lobulares de los arbustos.

—Las Membranas —prosiguió el del medio cruzando los brazos—, los Canalizadores, el Gran Escudo. Sabemos que no fueron destruidos cuando llegamos. Siempre lo supimos. Eran demasiado valiosos para todos.

—Ya casi nadie lo recuerda —reveló un hombre rollizo que parecía apelmazado dentro del sillón flotante, entre cojines de colores—. Por eso debe ayudar al futuro de Ragatus. Debe hacerlo, porque es su deber y su honor. A cambio pasará lo que le quede de vida en una residencia lujosa. Como un jefe de Estado en su retiro.

—Hablará —anunció la mujer que comía esas cosas rojas y que luego echaba huesos diminutos por la boca.

Aunque nunca antes hubiera visto a esos hombres y mujeres, las paredes de aquel lugar parecían decirle algo en secreto, como una confesión íntima elaborada en un lenguaje silencioso: el cuadro, un escalón desgastado de la escalera que subió con sus acompañantes, el roce de las alfombras bajo sus botas...

—¿Tiene hambre? —dijo sonriente la mujer del cuenco, y enseguida

le lanzó una de esas bolas rojas, rodando hasta sus pies.

El anciano observó el objeto. Luego, muy despacio, se agachó a recogerlo entre un murmullo de voces. También *aquello* parecía haber detectado una presencia secreta de sí mismo; entre sus dedos, absorbió en el brillo rojo sangre de su cáscara fina, lo alcanzó un olor muy suave, agradable.

—Coma —dijo divertido otro Necesario—. Tenemos muchos así, bien frescos. Nosotros podremos ayudarlo, si usted nos ayuda. De ahora en adelante...

Había dejado de oírlos. Se metió la bola en la boca y entre sus dientes notó el sabor dulce de la pulpa. *Igus*, pensó de inmediato; una explosión silenciosa bajo su lengua cristalizada en una sola palabra. *Igus*; frutas que crecían de las valrias en cada una de las primaveras de ese mundo... ¿Dónde las había visto y por qué recordaba ahora su nombre?

—Excelencia —había escuchado una vez, pero al girarse estaba en un gran jardín, entre árboles frondosos de sombra húmeda. Un niño de unos ocho años se acercaba montado a hombros de un soldado robusto.

—Nero —balbuceó ahora, con un rastro de jugo de *igus* en sus labios.

—¡Ha dicho algo! —dijo uno de los Necesarios con entusiasmo, y se adelantaron unos centímetros para escucharlo.

Nero. Otro nombre que se acercaba sigiloso a su memoria, y observó la

el freno, pero el velocímetro sólo bajó a 2ws.

El primer tronco fue fácil de esquivar y también el segundo; pero las ramificaciones habían entrado por las ventanillas y lo acosaban como coralinas manos hirientes por entre los trozos de vidrio.

En medio del dolor y de la sangre, la mueca del dorado anillo en el cielo envolvió su pensamiento en una fútil racionalidad final: “¡Las esclusas!”

La pupila vacía de la guillotina encapsulaba una porción anular de la baja atmósfera, curvándola hasta formar una lente.

Creía haber leído un cartel de advertencia, unos kilómetros atrás; el recuerdo era vago y ridículo... *Atención, zona de esclusas. Los objetos observados pueden estar mucho más cerca de lo que aparentan.*

El último árbol neva que vería en su vida surgió frente a él como un límite inexpugnable, gritando en su mente: Ya no más.

Con el puño sobre el freno, el hombre sólo pudo pensar en aquel cartel una última vez: “Fin del camino”.

Entonces, todo se detuvo.

El viento cesó, el murmullo de las hojas calló; las ramas rotas quedaron suspendidas en el aire como sostenidas por una mano invisible. Los iridiscentes y ágiles fleijos se congelaron en medio de un salto y los niquelados corios, petrificados en lo alto de sus peñas, inmovilizaron su vista sobre ellos.

El vehículo quedó frenado a escasos ochenta centímetros del tronco de la neva; el hombre en su interior paralizado, las manos frente a su

cara y el grito coagulado en su garganta.

En ese momento llegaron ellos.

El ambiente comenzó a vibrar en tres zonas precisas, las cuales presentaban una forma y volumen levemente humanoides.

Dentro de ese espacio restringido, las cosas parecían perder consistencia.

Un aullido penetrante ululó en el aire y éste se escapó espontáneamente hacia el centro de cada figura. Las tres efímeras formas desaparecieron al instante, en medio de un frío tan extremo que congeló cerca del cero absoluto todo lo que estaba dentro de su volumen. En su lugar había ahora tres hombres vestidos con alguna clase de material gelatinoso, que se arremolinaba y movía sobre sus cuerpos como un traslúcido traje viviente.

Las irregularidades semovientes de estas extrañas armaduras caricaturizaban las imágenes de sus ocupantes, deformando sus facciones y sus formas físicas en grotescas muecas.

Cuando alguno de ellos se movía, el efecto combinado de su movimiento, más el del traje, resultaba repulsivo.

—¡Vamos! —apresuró la metálica voz chillona de una de las tres figuras—. ¡Inyéctale un poco de tiempo; hay que moverlo!

—¿Hacia dónde? —inquirió el segundo, cuya voz se deformaba como si estuviese bajo el agua.

—Allá. Ahí estará bien —respondió el primero.

El extraño hombre-medusa entendió su mano. Su cubierta gela-

tinosa rozó el vehículo, que parecía estar a punto de estrellarse contra una neva. Al instante, el aire alrededor de éste comenzó a vibrar levemente. Entonces trató de empujarlo lejos del rojo tronco, pero no lo consiguió.

—¡Señor! —gritó con voz gorgoteante—. ¡No puedo moverlo ni un centímetro! ¿Seguro que esto tiene tiempo, señor?

La figura en constante contorsión del jefe, Isaac “Mandrágora” Luro, se acercó y su voz pareció rechinar, como si el esfuerzo por elevarla fuera casi tangible.

—Bien, novato, no trates de empujar rápido. Esto es Temporización Básica, nivel 1, clase 1, ¿entiendes?

”Consideremos este problema poco a poco. —La voz condescendiente sonaba casi como un alarido del infierno, gracias a la distorsión de su traje—. Punto A: dentro de tu burbuja de tiempo tienes un segundo por cada segundo. Punto B: le estás inyectado al vehículo desrealizado 0.0005 de segundo por cada segundo tuyo, ¿entiendes? ¡Bien!

”Conclusión: el vehículo se encuentra en un subtiempo mucho más lento que el tuyo. Así que, por más que la liebre empuje a toda velocidad a la tortuga, ésta no caminará más rápido, amigo.

El novato asintió. El traje de medusa bailó a su alrededor con un movimiento acuoso y denso, como de pleamar y bajamar. Volvió a empujar el vehículo y, con palabras líquidas que denotaban algún tipo de alegría, exclamó: —Espere... Espere... ¡Sí, se mueve! Pero es muy lento.

Mandrágora se cruzó de brazos de un modo grotesco y chilló infernalmente: —Tómate el tiempo que quieras, novato. Tienes todo el que hay en este universo.

El muchacho hizo una mueca risueña, pero el fluctuante traje la tradujo en una espantosa contorsión monstruosa.

Luego de que el vehículo se apartase del tronco de neva unos cuantos metros, el joven habló.

—¿Aquí está bien, señor? —Ante el asentimiento de su jefe, se animó a gorgotear—. ¿Podría preguntar por qué hay que salvar a este tipo?

El interpelado rodeó el vehículo que contenía a un hombre arañado y ensangrentado, cuyos brazos se interponían inútilmente entre su rostro y el árbol que ahora ya no se encontraba más frente a él, sino varios metros a su derecha.

Parecía estar midiendo algo, sopesando morosamente probabilidades: otros árboles, rocas.

Luego respondió, lenta pero chillo-namente: —Sí, ahí estará bien novato. —Entonces se agachó, le dio un parsimonioso puntapié a un trozo suelto del propio auto, desplazando la pieza una milésima de milímetro a un lado, y completó—. Al parecer, éste es el tatarabuelo del hombre que le alquilará su segundo laboratorio a Dityr.

La voz del muchacho fluyó con el sonido de una gran masa de agua bullente.

—¡Nada más ni nada menos! —El abrupto ataque de indignación volvía sus acuosas palabras casi ininteligibles—. ¡El otro día fue la mujer que ayudó en el parto de la

—Aquí lo tiene, General —dijo el hombre de ojos celestes con una sonrisa calculada a las circunstancias. El General se aproximó al anciano con la mandíbula trémula y un brillo vidrioso en sus ojos saltones.

—Nosotros no olvidamos, ¿me oye? —dijo el General con la piel enrojecida, y acto seguido levantó una mano sintética con articulaciones de plástico—. Mírese a un espejo... Mírese...

De pronto el General se volvió a los hombres que llevaban al anciano.

—¿Qué significa esto? —rugió—. ¿Qué demonios le pasa?

—El Consejo tiene todos los detalles, General —respondió el revisor, sin perder la calma—. Como usted sabe de sobra, lo encontramos en unas condiciones deplorables, al borde de la inanición.

El General refunfuñó, escondiendo su mano artificial detrás de la cadera. Al fin le hizo un gesto a un caballero espigado con traje oscuro para que abriese una puerta de dos hojas de color marfil.

—Ustedes no —dijo al revisor y los demás—. Sólo él. Los Necesarios sólo quieren verlo a él. Tienen que esperar abajo.

El anciano entró solo.

3

Era una sala circular bordeada por arcos de piedra blanca, con una curiosa pecera en el techo en la que nadaban criaturas pequeñas y vistosas del océano menor de Ragatus. Enfren-

te, bajo una ventana romboidal, vio una fila en semicírculo de cuatro hombres y dos mujeres sentados sobre dispositivos flotantes, a medio metro de altura. Llevaban unos ampulosos trajes rojos y violetas y unos sombreros altos con escudos de plata. Un rombo de luz blanca se dibujaba sobre las losas de piedra verde. Entre dos jarrones inmensos de cerámica vidriada sobresalían unos arbustos recortados sobre maceteros redondos.

—Vaya —murmuró uno, y el viejo se quedó mirando a su público con la boca entreabierta.

—Al fin —dijo una mujer mayor, ajada como una pasa, y cuyo sombrero distintivo parecía cubrirle media frente; tenía un cuenco en su regazo con unos objetos rojos y brillantes—. El Orden se completa.

—No hay lugar donde huir de Nosotros, Entidad —declaró en voz alta el hombre del medio—. No lo hay. Una vez fuimos jóvenes, impetuosos, pero hoy somos más pacientes. Mucho más pacientes. ¿De verdad creyó que no lo atraparíamos? ¿De verdad estaba seguro?

No estaba seguro de nada, pero el calambre en la nuca volvió como una descarga repentina, y su lengua buscó algo en la muela, alguna hendidura. La mujer se llevó una de esas cosas a la boca; poco después, escupió en su recipiente un pequeño hueso amarillento.

—Lo hemos buscado para saber la verdad —proclamó eufórico otro Necesario, mientras lo señalaba con un dedo retorcido—. Y usted va a decírnosla, por mucho que se resista. De una manera u otra nos lo dirá todo;

La nave roja que llegó a las instalaciones tenía grabado el escudo de los Necesarios en la misma proa. Aterrizó en una planicie bordeada de jardines exóticos con una furiosa nube de gas ardiente, como la de una cafetera en plena ebullición. Las compuertas se abrieron con un bostezo para recibir al anciano, que iba acompañado por varios individuos de las instalaciones. Pronto lo sentaron en un asiento estrecho, junto al hombre de los ojos celestes.

Por la ventanilla vio un edificio desde arriba, una estructura con la forma de una araña de patas enroscadas, y luego el paisaje empezó a cambiar poco a poco. El murmullo de la máquina aérea, la suave vibración de los paneles y esas ropas que llevaba lo obligaron a cerrar los ojos, a aislarse a toda costa; cabizbajo, la lengua se paseaba con obsesión por el diente, y el párpado acabó por abrirse cuando respiraba ya bajo la cadencia de un sueño profundo.

Al despertar, la nave ya no volaba. Olía a combustible fresco y plástico quemado, y unas voces resonaron en sus oídos como un murmullo sordo. Su acompañante lo desprendió del cinturón de seguridad y lo condujo despacio a la compuerta de salida; lo tenía tomado del brazo como si fuera un enfermo inválido, alguien a quien hubiera que cuidar en todo momento.

—Por aquí —le dijo una voz de mujer, y fue bajando por una rampa de acceso a una plaza redonda de color azul; una fila de hombres con cascos se mantenía inmóvil y silenciosa junto a la nave. A su derecha

apreció las almenas de metal de una muralla gigantesca.

—Que no vaya a caerse.

El sol brillaba sobre los tejados del inmenso edificio que tenía por delante, una especie de fortaleza con torreones y puentes. Se detuvo de golpe.

—Mire —dijo el ingeniero, detrás de él.

—Ya lo estoy viendo —observó el revisor, y enseguida se acercó al anciano—. ¿Lo recuerda, Excelencia? Usted vivió ahí, muchos años.

Frunció el ceño, inseguro.

—¿Lo recuerda?

Boqueaba como un pez moribundo; una fina corriente eléctrica parpadeó en su nuca, dos o tres veces, para desaparecer de golpe como un hormiguelo pasajero.

—Puede que hasta haya sido buena idea traerlo, Armand —dijo el hombre que lo acompañaba. Un joven bajo y algo rechoncho se acercó a recibirlos.

—Bienvenidos. Los están esperando.

Pronto lo llevaron al interior, por salas lujosas y corredores con guardias armados en cada esquina. A cada paso por las alfombras negras, entre el silencio de quienes lo guiaban en aquella marcha inexplicable, algo removía su estómago sin darse cuenta, como ese pequeño paisaje al óleo del vestíbulo, o una simple grieta junto a una puerta de caoba de las montañas. Subió unas escaleras de mármol guiado por su cortejo, hasta que un hombre grande y calvo, con un uniforme negro con insignias, los detuvo en la planta superior.

abuela de Ditry! Y mañana, ¿quién será? ¿El que miró fijo al perro que mordió al padre del chico que un día saludó a un primo de Ditry?

La chirriante voz del inframundo respondió, tanteándolo.

—Bueno, novato, creo que vale la pena conservar limpias todas sus vías temporales.

Había un dejo de sorna y obviedad en aquella respuesta. Pero el muchacho arremetió: —Claro: “El honorable descubridor de los viajes en el tiempo”, “El pilar de toda nuestra civilización”. ¡Y nuestro único esclavista!; muerto y todo como está desde hace más de mil años.

El hombre de la voz chillona dio dos pasos decididos hasta el joven. Parecía ofendido, incluso enfadado.

—No son *viajes en el tiempo*, novato, sino “aceleraciones temporales”, que es muy distinto.

“Y respecto de eso último que dijiste —agregó elevando un chorreante dedo gelatinoso hacia el muchacho—, agrádecele a Ditry por tu vida.

—¡Y que él me agradezca a mí por la suya! —murmuró el chico mientras retiraba la especie de espina que su viscoso traje había adherido al vehículo.

El jefe Fritz “Légamo” Samuel, el hombre que hasta ahora se había mantenido al margen, juzgó oportuna su aparición en escena.

Su voz sonó empastada, opacamente chasqueante. Oírlo era como tener la sensación de que algo pútrido se estaba deslizando lentamente por una pared. Tal vez por eso había evitado intervenir en el diálogo. Hasta ahora.

—Escucha, especie de cronoterrorista. Ditry será quien descubra la aceleración temporal a partir...

El muchacho gesticuló ampulosamente al interrumpirlo. Todo el baebante tejido transparente bailó sobre su cuerpo, distorsionando su voz hasta hacerla un hervidero de borbotos confusos y deformando su cara hasta convertirla en una ridícula máscara parlante.

—Sí, sí, ¡ya lo sé! ¿Cree que no pasé por el entrenamiento igual que usted, señor? —Súbitamente se quedó rígido, en una parodia de posición de firmes, y recitó monocorde y chocantemente—: “Robert A. Ditry descubrirá/descubre/descubrió la aceleración-desaceleración del tiempo a partir del seudohorizonte de sucesos de un estado en cero absoluto, y calculará/calcula/calculó su utilización. Unos trescientos años más tarde, S. Ladek (inspirado en los cálculos biocrónicos evolutivos de Sonberg), verá/ve/vio que sólo el tiempo biológico es el que puede ser derivado en las operaciones de aceleración-desaceleración temporal, debido a su efecto a-entrópico. De este modo, el tiempo inyectado debe guardar la proporción entre donante y demandante, aunque un donante máximo puede satisfacer a un demandante mínimo (siendo la cota mínima la autorreplicación, y la máxima conocida la autoconsciencia). Se cumple así la ley de la conservación de los ritmos temporales de Bestermov, que evita las paradojas causalistas, y que reza: ‘Cuando una línea de tiempo crece, otra debe disminuir’. Por ende, si un sujeto A viaja al pasado una vez, y

luego vuelve a hacerlo, éste jamás podrá/puede/pudo encontrarse consigo mismo; puesto que cuando el tiempo de uno de los 'Yo temporales' de *A* crezca (llamémoslo *A*), el tiempo del otro (llamémoslo *A'*) disminuirá, según una relación inversamente proporcional $A = (A')^{-1}$ que, en casos de más de una componente, se transforma en vectorial múltiple. Así, *A'* se intemporalizará antes de encontrarse con *A*. Ergo, $A' = \emptyset$ en el límite, cuando el encuentro tiende a 1". ¿Aprobé?

El sarcasmo se potenciaba en la corrosiva afectación de la voz líquida y la despiadada deformación, fluyente y viscosa, de sus facciones.

Légamo respiró profundo, como para refrenar algún instinto asesino. Mandrágora se apresuró a llenar el bache.

—Exacto, novato, en el límite; ¡capúm! —El chillido de sus palabras parecía tanto el efecto del metal oxidado frotándose entre sí, como un suspiro del Infierno—. Ergo, sin tiempo nada puede existir.

—El tiempo —exclamó Légamo, en un inusual despliegue de solemnidad— es *el Ser en sí mismo*. Cuando Dity nos enseñó a manejar el tiempo, nos enseñó a manejar la existencia. No movemos cuerpos en el tiempo, muchacho; invalidamos o confirmamos la mismísima existencia. ¡Nuestra existencia! Ninguno de nosotros existiría si Dity no hubiese descubierto la aceleración temporal. ¡Ninguno! ¡Ni tú, ni yo, ni tus padres, ni la gente que amas! Todo nuestro mundo está asentado sobre la precaria base de un futuro probable: aquel que se hizo

real cuando el primer tipo modificó el tiempo. —Légamo Samuel tomó aire, bajó un tono su voz pastosa y pegajosa, y añadió—: Si Dity no hubiese nacido, tampoco nosotros; porque nosotros somos el resultado de una línea temporal que él inauguró y que, por lo tanto, depende del descubrimiento de *ese fulano*, ¿comprendes? Sin él, nosotros *no somos*; y, sin nosotros, él tampoco. Éste es un nudo, y si lo cortas... bueno, parafraseando a Mandra: ¡capúm!

Se hizo un incómodo silencio. Por unos instantes, ni el chillido, ni el gorgoteo, ni el lento deslizarse pegajoso, interrumpieron la completa y absoluta quietud del tiempo desacelerado.

Luego, el muchacho arremetió bruscamente.

—Pues yo no creo esa propaganda gubernamental. Porque, ¡entonces todos vivimos en una artificialidad! ¿Qué somos? ¿Acaso una mera suposición que se hizo verdad sólo porque un hombre *pensó* en una teoría? ¿De verdad creen esa leyenda de que en el instante en que Dity terminó de escribir aquella frase al margen de su primera obra impresa: "Si esta teoría fuese cierta ya estaría aquí un viajero temporal agradeciéndome", apareció junto a él S. Ladek y le dio las gracias? ¡Vamos!

Mandrágora se sentó en el techo del vehículo y tembló; estaba realmente frío.

—Has leído muchos panfletos cronoanárquicos, novato. Sin la aceleración ni siquiera esos grupos radicales podrían existir. —Su hablar era calmo, pero el sonido filtrado tenía,

confortable de fibra sintética; le cubrieron el pecho flácido con una especie de túnica, mientras una máquina susurrante destruía su barba canosa. Aunque la buscara con sus ojos, su benefactora no estaba en esa sala.

—Podríamos aplicarle una lentilla —opinó un hombre moreno con gafas—. Para que no se vea el derrame.

—No —repuso otro que estaba a sus espaldas—. No se nota demasiado, y podría ser peor. ¿Y su uniforme?

—Está listo, señor —dijo una tercera voz, detrás de él; ahora una chica le aplicaba un ungüento sobre la piel del rostro.

—Perfecto —dijo el hombre que había pedido el uniforme—. El mismo modelo que usaba cuando empezó la Guerra.

—El mismo, señor.

Inerme, veía a hombres y mujeres a su alrededor que le untaban cosas en la cara o iban limando sus uñas, endurecidas como garras de un ave carroñera.

—¡Qué guapo está quedando! —gritó alguien con un tono alegre.

Cansado y confuso, al cabo de un rato lo levantaron del sillón y empezaron a vestirlo como si fuera un niño pequeño. Le colocaron su blusa, su chaqueta con las insignias y cruces de platino; le pusieron unos pantalones algo anchos para sus piernas delgadas, y unos calcetines y unas botas gruesas de aspecto marcial. Sin la barba, y con el rostro brillante por las cremas, parecía otro hombre, y por un segundo una mujer de aquel grupo lo miró asustada.

—Por el Dios de Nuestra Causa —dijo, y poco después se lo llevaron sin resistencia por un corredor junto a un hombre con poco cabello y ojos celestes, que lo acompañaba como si fuera su mejor amigo.

—Todo preparado, señor —observó alguien, pero no se giró para averiguar quién había sido; ya le costaba demasiado esfuerzo caminar con aquellas botas tan pesadas, y le picaba un poco la tela de la blusa, sobre todo en la nuca. Un ligero escozor rodeaba sus mentones, y bajo el principio de un malestar creciente su lengua volvió a cebarse en la muela.

Al fin volvieron a sentarlo en uno de los varios sillones de una sala enorme. Por una vidriera ancha pudo ver las copas de varios árboles frondosos, unas torres de metal a lo lejos, el azul del cielo celeste. Hacía mucho tiempo que no divisaba nada del exterior, o eso supuso de algún modo en su consciencia.

—Mire, Armand —dijo el revisor a cierta distancia—, parece que quiere recordar algo.

—No tendremos esa suerte, señor —respondió Armand, que ahora esperaba la llegada de la nave retorciendo sus manos.

—Le veo ya un poco más calmado. Menos mal que me ha hecho caso con mi receta. No se apure; las cosas son más sencillas de lo que parecen. Los Necesarios quieren verlo. Pues muy bien, nosotros se lo entregaremos para que jueguen con él un rato. Luego nos lo devolverán para que sigamos con nuestro trabajo, y todos contentos.

instante creía estar soñando cuando la bandeja se abrió con la comida; sólo entonces volvía a encogerse en la banquetta, con su lengua moviéndose como un gusano laborioso sobre la muela.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo el ingeniero al otro lado de los cristales. Armand llevaba hoy un fajo de carpetas y parecía muy nervioso, con un brillo húmedo bajo la nariz, como una capa de grasa fresca. Los ojos gélidos del revisor se centraron en los andares repetitivos del anciano.

—No mucho —respondió al fin—. Si el Consejo lo manda, no tenemos alternativa.

—Pero, señor...

—Sé lo que está pensando, lo sé. Pero eso no altera un ápice nuestros planes básicos. Podremos justificar su falta de habla por deficiencias pasajeras en su cerebro. Los Necesarios se sentirán decepcionados, pero quieren tenerlo cerca, frente a ellos. No vamos a privarlos de ese gusto, ¿no cree?

—El informe...

—El informe —lo interrumpió con ímpetu, casi molesto— será lo que nosotros queramos que sea. Ni más ni menos. No podemos permitirnos imprudencias, ni despistes. No, se lo llevaremos sin retrasos. Están tan orgullosos de su presa que no creo que les importe mucho no verlo como esperaban, ¿no le parece? Pues siga mis indicaciones y no se ponga histérico. Sus nervios son peligrosos para nuestro proyecto, así que domínese o voy a tener que aplicarle algún remedio de urgencia.

Los hombres volvieron a marcharse con lentitud, dejando la urna en sombras. Tampoco de esa noticia estaba enterado su único habitante, pero el conocerla no habría cambiado en nada sus nuevas costumbres como prisionero; desde hacía muchos años, el lenguaje había quedado atrofiado en su mente, y un cúmulo de ideas y conceptos se desparramaban en su memoria como restos de un naufragio fatídico, huecos y carentes de sentido. Como si lo embargara un vago presagio, apenas pudo dormir en las tinieblas, pero tuvo un sueño breve del que despertó asustado, balbuceando una palabra que luego no pudo repetir con su lengua.

Al encenderse los soles artificiales de la jaula ya llevaba largo rato paseando en su círculo invisible. De pronto se abrieron las puertas. Esperaba la visita de su benefactora, con sus instrumentos fríos, sus caricias y sus golpes sin huellas, pero en esa ocasión aparecieron dos hombres altos con uniformes azules y guantes en las manos.

—¡Venga, vamos! —dijo uno con una sonrisa torcida, y lo agarraron de los brazos. Manso como un cordero, lo sacaron de la urna escoltado por otros hombres a los que apenas pudo distinguir en su camino. Descalzo y desnudo, lo condujeron a una sala donde parecían esperarlo otras personas.

—Hay que ponerlo decente —dijo una joven, y otros rieron a su alrededor.

—Meted todos los pelos de la barba en esa caja —ordenó alguien, y enseguida lo sentaron en un sillón

justamente, la cualidad del grito de una raíz de mandrágora: era enloquecedor—. Mata a Dity o descuida su supervivencia, y te suicidarás. Y contigo a todos nosotros, a toda nuestra civilización.

El jovencito, cuya imagen oscilaba como si estuviera dentro de una pecera, no se dio por vencido.

—En primer lugar, ¿por qué debemos estar salvándolo?

El jefe Légamo se le acercó como un animal enfurecido. Parecía un rinoceronte a punto de embestirlo. Sus grandes zancadas lo llevaron hasta ubicarse a milímetros del rostro del muchacho.

—Porque no es una línea natural, ¡tú lo dijiste! —gritó Samuel, y el grito era barro y cieno retorciéndose—. ¡Claro que somos artificiales! ¡Somos el producto de un artificio que nació en la mente de *ese fulano!* Mientras tanto, la Madre Naturaleza, el mejor de los mundos posibles, el destino, o como quieras llamarlo, desea volver a la línea original, a la línea inalterada. ¡El tiempo tiende a la inercia!

—Bueno, novato, contra eso luchamos. Contra la todopoderosa inercia, y contra el destino y contra la mismísima Madre Naturaleza. Y nuestra lucha consiste en mantener a Dity con vida... Mantener con vida al que creó esta línea paralela y *artificial* de tiempo.

El ojo derecho del joven, descomunalmente grande, parpadeó atónito al unísono con su ojo izquierdo, el cual mutaba y se estrangulaba tras un rizo del traje-gelatina.

Légamo volvió a suspirar, intentando recuperar la calma. El jefe Man-

drágora rió suavemente y tomó la posta.

—“El tiempo tiende a la inercia” significa algo más que el hecho de que tienda a la circulación normal, a la aceleración cero. Por supuesto que cada vez que aceleramos o desaceleramos el tiempo movemos energía, forzamos su flujo. Pero la cosa es más compleja. —Luro parecía hablar con la voz de un alma en pena y la claridad de un catedrático—. El primer movimiento inició dos cadenas iguales y contrarias: acción y reacción temporal. Por un lado, Dity permitió nuestra existencia, la existencia de un universo nuevo, *paralelo* si quieres; un universo sólo posible a partir del momento en que se hizo verdad la posibilidad de la manipulación del tiempo. Pero, por otro lado, el tiempo trató de anular esta anomalía, de compensar dicha ganancia de energía, y lo hizo eliminando su causa: Dity.

El traje hacía que todo el ser de Mandrágora temblara y se retorciera. Sin embargo, había algo más en ese movimiento que la mera fluctuación caótica de su envoltorio. Légamo, su compañero y amigo de toda una vida, se dio cuenta y lo miró con cierta preocupación. Pero el jefe Mandrágora Luro estaba dando una lección, y pensaba terminarla.

—No es que el tiempo tenga ninguna consciencia ni nada por el estilo —gesticuló el hombre de la voz perturbadora—, simplemente es pura y ciega necesidad... Si colocas dentro de un vaso más agua del que éste puede abarcar, entonces el líquido rebalsa. Y, gracias a las particularidades del recipiente, lo hace por el mismo sitio por donde la recibió. Bien,

digamos que la *boca* del recipiente del tiempo es Dity. Por él es por donde nosotros entramos en la existencia. Y no te engañes: entramos a los empujones, abriéndonos paso alternativamente en un mundo de tiempo constante. Pues bien, si por causa de él entramos nosotros, así como todas nuestras alteraciones a este mundo; entonces, anulándolo a él, todo vuelve a la normalidad.

"Dity es, cronomatemáticamente, el punto donde la anomalía infinita tiende a cero.

El joven comenzó a caminar ávidamente por entre las nevas escarlata. Sus pasos lo conducían por un amplio círculo que se repetía una y otra vez. Ninguna huella en el suelo congelado daba cuenta de que estaba pasando por allí. Ni uno solo de los ingrátidos fragmentos de ramas, ni una sola hoja, se apartó de su sitio ante sus exagerados ademanes. Parecía querer abarcarlo todo: el paisaje, el universo, la realidad. Su voz era una catarata de burbujas escapando súbitamente del encierro de su garganta y su impotencia: —¡Pero todo esto está detenido en el tiempo! ¡Miren esas ramas rojas, y los... bueno... esos como-pájaros verdes que están estáticos en medio del aire! —Sus brazos gelatinosos daban vueltas como aspas enloquecidas—. ¡Toda la teoría se cae a pedazos! ¡Y sin esa teoría el gobierno ya no nos puede obligar a este maratón de parches que nunca termina!

"Ahora, supongamos que ustedes tienen la razón. ¿Se dan cuenta de que, por cada salvataje que hacemos, se desarrollan dos nuevos peligros que amenazan directa o indirectamen-

te la vida de Dity? ¿Y que esos peligros están cada vez más alejados de él en la cadena temporal, hundién-dose en el pasado más y más; abarcando tantos hechos que llegará un punto en el que nos enfrentaremos con el nacimiento del jodido universo?

La expresión del muchacho era difícil de leerse, así como el tono de su voz; pero sus palabras lo decían todo: estaba desesperado.

Sin siquiera tomar aire, sin detenerse en su paseo circular, siguió gritando.

—Es como la cosa esa de los mitos, que cuando le cortaban una cabeza le salían dos más. Nosotros actuamos en progresión aritmética y el tiempo compensa en proporción geométrica. ¡Pronto nada de lo que hagamos será útil! ¡No hay forma de evitarlo!

El jefe Isaac "Mandrágora" Luro miró al jefe Fritz "Légamo" Samuel con ojos suplicantes —y deformados, claro está—, pero Légamo hizo un gesto de hartura con sus fluctuantes manos y luego cruzó los brazos, como dando a entender que su amigo estaba solo en esta cruzada.

Mandrágora se encogió de hombros y fue su turno de suspirar. Después, mientras sus facciones se agrandaban y retorcían de derecha a izquierda, acometió, serena pero despiadadamente, contra los argumentos de su pupilo.

—Punto uno —dijo alzando un dedo que se tornaba fino, largo y ondulante, como una cuerda—: las cosas no están detenidas en el tiempo; es el tiempo el que está *casi* detenido. Punto dos —otro gelatinoso dedo se

darlo, había dormido en esa postura muchas otras veces, en los diversos refugios de los últimos años, en las Ciudades Inferiores, en los arrabales; incluso a la intemperie, entre las zarzas protectoras.

Cuando las luces volvieron a herir sus ojos, supo de alguna forma que había llegado ese momento monótono del día consistente en pasear por la urna, recibir comida sintética por una bandeja o un recipiente limpio para sus necesidades. Había llegado a aprenderlo a través de la experiencia acumulada. Ahora se sentó en la banquetta y miró al cristal, pero no podía percibir más que un fondo nebuloso de formas inestables, como si su celda estuviera dentro de alguna profundidad marina. Lo que más lo distraía era la rutina de sus paseos circulares; ejercerlos en rondas cíclicas de pasos cortos, como calculados por la obsesión de un viejo prisionero. A cada momento le parecía estar a punto de encontrar algo que estaba oculto en la memoria; un rastro de impresión, un sonido o unos colores, incluso alguna palabra suelta.

A veces recibía visitas inesperadas: una mujer grande y hermosa que entraba en la urna con una aguja y un maletín de cuero, y su acompañante, un hombrecillo mudo con una placa de metal en el cráneo. Desde el principio le atrajo la presencia de aquella cuidadora en la celda. Rubia casi castaño, la mujer llevaba un uniforme negro y azul con unas zapatillas blancas.

—Muy bien —solía decir con un aire maternal—, muy bien. El bebé ha sido bueno. Muy bueno.

En alguna ocasión, sin que pudiera comprenderlo ni intuirlo, la mujer lo abofeteaba en la mejilla. Un día lo golpeó con el pie, cuando ya estaba aturdido en el suelo. Su acompañante lo miró desde arriba, como si examinara a un insecto con el ala rota.

—Viejo de mierda —murmuró, y no mucho después fue a sacarle sangre, hablándole con dulzura desde la banquetta.

—No tengas miedo de mamá. No, los bebés buenos no tienen miedo, ¿no?

Que ella lo perdonara de algo que no conocía era fuente de un placer profundo. De algún modo la amaba, o creía amarla a su manera, como el perro ama al dueño que lo golpea sólo para luego recibir de su mano un hueso.

—Y ahora a descansar —le decía antes de irse.

2

Dentro de la gran urna era casi imposible contar el tiempo ni sopesarlo. Recordaba sus viajes por el exterior; el sol aparecía y se iba como las luces artificiales del techo, pero afuera, entre las brisas y las lluvias, o el sol implacable sobre su coronilla, tenía una mayor consciencia del paso de los días y de las semanas, del transcurso de los años. En la celda todo era inmutable, incluso el tiempo, recluso a las dimensiones de una jaula de vidrio y apenas alterado por las visitas ocasionales de su benefactora. No había forma de separar a veces un momento de otro, y en algún

gustado sentir odio, abstracto y amorfo, hacia aquel viejo, pero al verlo desnudo, con las rodillas huesudas y los brazos con ronchas ocreas, lo único que lo asaltaba era una indescriptible sensación de patetismo.

—¿Tiene que morir, señor?

—No podemos mantener una farsa así para siempre. Tarde o temprano vendrá personal de la Gobernación; incluso podría visitarnos alguno de los Necesarios por sorpresa.

—¡Oh! —gimió el ingeniero. La idea de tener a un Necesario en las instalaciones le produjo una contracción en la boca del estómago.

—¿Comprende bien la situación, Armand? Ahora es como una máquina rota que podemos estudiar pero no reconstruir. Pero de nosotros depende que podamos hacerlo útil; usted me entiende. ¿Cuánto hace que acabó la Guerra? Los Necesarios lo necesitan, y nosotros se lo daremos. Ya lo han visto por sus pantallas, incluso me consta que alguno sugiere que se trata de un impostor. Pero la mayoría acepta nuestras conclusiones. Ahora lo que buscan es que lo hagamos hablar de alguna forma, y si nos les damos lo que ellos quieren no importa nada de lo que se haya hecho en estos treinta años. Nada, se lo aseguro. Todos los superiores de la instalación perderán la cabeza por incompetencia. Pero eso no será todo.

—Entiendo —dijo Armand, y se cruzó de brazos, dándole un poco la espalda a la urna.

—Aún es pronto para morir. Pero cuando llegue la hora sufrirá un paro cardíaco; es necesario. De momento hoy ha dicho sus primeras palabras.

—¿Señor? —dijo Armand, y arqueó las cejas.

—Eso puede anotarlo en su informe —sentenció el revisor con una suave sonrisa—. Ya alteraremos las grabaciones...

Bajo las luces artificiales, los hombres se alejaron de la urna gigante. El viejo no se percató de su ausencia como tampoco había descubierto su llegada, ni como podría ahora discernir la realidad de su situación ni sus repercusiones. Sumido en un estado parecido al autismo, a veces miraba a su alrededor con una mueca de incredulidad en sus ojos castaños; uno de ellos, el izquierdo, dañado por la mancha amorfa de un derrame. Los dientes que habían sobrevivido al exilio eran amarillentos, mal sujetos a unas encías inflamadas, pero su lengua ciega palpaba a menudo la superficie de una muela profunda, casi enterrada en la carne; un movimiento rápido y casi instintivo, como si le molestase un poco.

Al cabo de un rato se sintió adormilado, sobre todo cuando la claridad de los paneles del techo oscuro se redujo a una benefactora penumbra. Se tumbó sobre la banqueta, encogiendo las piernas y apoyando su cabeza sobre la superficie. Con sus párpados cerrados, en un momento en que la respiración se hizo más cadenciosa, su ojo derecho se abrió con lentitud; una rendija de carne por la que era posible distinguir una pupila oscura, cálida. Una reacción nerviosa autónoma, como la de una lengua explorando el hueso pulido de la muela. Sin que pudiera recor-

alzó; parecía retorcerse sobre sí mismo—: las “cosas verdes que parecen pájaros” son glicos, de la variedad que crece en los juncos de bromo; intenta aprender otros ítems importantes, además de política, como zoobotánica. Punto tres... —Aquí el tercer dedo se anchó, se dividió en dos, y luego se replegó junto a los demás cuando el jefe Mandrágora cerró su mano y agregó en un susurro rechinante—. Escucha, novato, míralo de este modo: cada acción tiene una reacción, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Bien, cada vez que corregimos un problema, provocamos otro; ¿eso es lo que sostienes? —La cabeza globosa del chico, asintió—. Pues entonces tu monstruo no renueva sus cabezas más que de a una por vez. Eso significa que, si hay una serie de problemas encadenados iniciales, digamos trescientos veintiocho, tendremos siempre exactamente trescientos veintiocho, mientras exista nuestro universo; ni uno más ni uno menos. Pero sí, es cierto, las anomalías más distantes son cada vez más escurridizas...

Por un momento Mandrágora bajó los ojos, dos manchas estranguladas y obscenas, y se quedó mirando el suelo.

El novato aprovechó la brecha.

—Y el gobierno no revela el número —dijo entusiasmado—. ¿Y por qué no lo hace? ¿Porque no lo sabe o porque no le conviene que lo separamos?

—No lo sé —chilló mansamente su voz de raíces mágicas—. Tal vez *la Hidra*... que es como se llama tu monstruo mítico, novato —aclaró entre dientes—, tenga una cabeza por cada uno de nosotros.

Al parecer, era la primera vez que Mandrágora Luro sacaba aquella conclusión —tanto para sí mismo, como para otro—, y ésta lo dejó realmente sorprendido. Tanto que permaneció callado mientras el chico contraatacaba.

—Yo creo que toda la teoría es un gran embuste. El mejor de los métodos para controlar al pueblo. Hay una falla en los cálculos, por ejemplo.

Légamo se tomó la cabeza con un gesto ampuloso y volvió a acercarse al joven a grandes zancadas, ahora más medidas. Su rostro parecía tan desencajado que era imposible saber qué tanto se debía al traje y qué tanto a su indignación.

—Esto me interesa, novato. Soy tu evaluador de campo; quiero ver qué clase de basura están comiendo ahora en la Academia. ¡Escúpela toda, chico! ¡Vamos, sabiondo. Explicame cómo puedo salvar a mi familia de caer en la más absoluta de las nadas, mientras permito que tipos como tú duerman la siesta sin hacer su trabajo! Quiero decir, ¡como tú, que puedes corregir al mismísimo Dity!

El muchacho tragó forzosamente. Era obvio que estaba algo atemorizado por el reto de su supervisor. Parecía estar a punto de rendirse cuando alguna nueva oleada de coraje, venida no se sabe bien si de sus convicciones o de sus hormonas, lo empujó a hablar de nuevo.

—El coeficiente de encuentro entre A y A' siempre es 1 o 0. Pero, ¿qué tal si es infinito?

—Démosle la bienvenida a Zenón de Elea —murmuró Mandrágora, como despertando de un sueño.

El muchacho ignoró el comentario —o no lo comprendió— y siguió adelante.

—Cuando A y A' están por encontrarse, uno de ellos desaparece, ¿no es así? Pero entonces, en el límite del acercamiento, ¿sí se encuentran! O sea, entre 1 y 2 hay una infinita cantidad de números: $1/2$, $1/4$, $1/8$, $1/16$, etcétera; podríamos hacerlo de $1/(10^{200})$, si quisiéramos... Bueno, si A' disminuye a medida que se encuentra con A , entonces, en el infinito, se encuentran. ¡Así como en el infinito las paralelas se tocan y las asíntotas se unifican!

Isaac “Mandrágora” Luro empezó a reír convulsivamente, y su aspecto era tan extraño que hasta el muchacho sintió —junto con el oprobio por su orgullo herido— algo de asco y mucho de miedo. Y es que Isaac se veía ridículamente horrendo bajo ese traje, que latía como un corazón gigantesco al ritmo de sus carcajadas.

El jefe Samuel aprovechó la distracción, y contraatacó.

—Te entiendo, novato, pero estás utilizando la perspectiva equivocada.

—Tienes razón, si el divisor se acerca al infinito, el cociente se acerca a cero y, mientras el divisor se acerque a cero, el cociente se acercará al infinito. El problema, sabiondo, es que no existe el infinito sucesivo. Si algo es infinito, lo es *ya*, desde siempre; ilimitada, perfecta y acabadamente. Un número que *puede* ser cada vez mayor no es un número infinito; es un número *indefinido*. Es algo a lo que siempre le falta otra cosa para estar completo; a saber, una unidad más. —En ese instante, al pronunciar esa última pala-

bra, todas las diluidas perspectivas líquidas, todas las aberraciones del traje, coincidieron. Y, por ese instante, tanto la voz de Légamo como su imagen contradijeron el mote que se había ganado durante sus misiones. Porque, por una fracción de segundo, fue el hombre que en realidad era, bajo aquel caparazón de medusa: un ser sereno, equilibrado, bello. Pero el hechizo se rompió en cuanto la siguiente palabra perturbó el interior de la coraza gelatinosa—. El límite infinito es como el horizonte, novato, siempre se te escapa por un paso: el que acabas de dar. Si tuvieses una tortuga hambrienta, que camina de tal forma que su próximo paso recorre siempre la mitad del paso anterior, la pobre moriría de hambre sin llegar jamás al alimento. —Luego giró la cabeza hacia Luro y completó—: ¡Y eso es Zenón de Elea!

Mandrágora hizo una reverencia absurda en medio del aire y, con una inclinación de cabeza, respondió: —¡Amén!

El muchacho miró a los dos hombres con incredulidad. No había dudas de que algo había cedido dentro de él ante la explicación de Légamo. Ya no tenía argumentos con los que continuar la lucha, pero aún no había perdido toda su confianza en sus ideas. A su turno, él también emitió un suspiro y retomó la lenta operación de desviar el vehículo otros dos centímetros de su actual posición. Centímetros suficientes como para que éste no se estrellara contra la neva que tenía adelante, una vez recuperado el tiempo.

Luego de frotarse innecesariamente las manos, se dio la vuelta

Tengo la ligera sospecha de que una especie de paradoja, o como quiera llamarlo, me golpea desde que era un principiante. Tenemos lo que la Institución ha buscado durante treinta años, y ahora que es *nuestro* no tenemos idea de cómo sacarle sus secretos. Esta operación ha costado millones de créditos a la Gobernación, y varias decenas de vidas. Se puede decir que se ha luchado durante muchos años por contradecir lo que otros querían que creyéramos. La ironía es total, ¿no le parece? Nuestro Dios parece sacarle jugo a la broma, pero usted y yo tenemos que concluir el informe, por la cuenta que nos trae.

—¿El informe tal como consta, señor? —dijo el ingeniero, visiblemente asustado.

—Por supuesto que no. Nuestro informe constará de varias partes. La primera de ellas tiene por objeto describir el proceso de la búsqueda, y cómo pudimos localizarlo gracias a los Inductores Genéticos y a nuestros agentes. Otra parte tendrá que ser para las pruebas; análisis, todo el protocolo que se ha informado con puntualidad a la Institución. La última sección será para algo que aún debemos tratar con cuidado.

—¿Con cuidado?

—Eso es, con mucho cuidado. Hay que redactar el proceso en que diseccionamos su mente derruida, y cómo éste nos reveló pistas fundamentales para detectar a los otros miembros de su Círculo. Esta gente forma en la sombra un grupo que pretende recuperar el poder, y por eso la búsqueda no se detiene. Ni

siquiera cuando muera a las pocas horas de haber recibido otra descarga de persuasión.

El ingeniero abrió los labios, parpadeando detrás de sus gafas. Luego volvió a fijarse en el anciano que no podía verlos, ese viejo sin memoria que ahora se rascaba la coronilla como un chimpancé en su jaula; aunque lo hubieran desparasitado a fondo, parecía ser un gesto compulsivo, una costumbre ciega de sus incomodidades como vagabundo.

—¿C-cómo dice, señor?

—Armand, usted sabe bien lo que va a ocurrir si no obtenemos alguna información añadida de este hombre. Puede despedirse de sus estudios. A mí me llevarán al Consejo, junto con los otros revisores. Empezarán por felicitarnos por encontrarlo, pero eso sólo será el prolegómeno de nuestra ruina. Ellos quieren respuestas; saber dónde se escondieron las Membranas y los dispositivos tecnológicos. Quieren saber cosas, Armand, y no voy a decirles que ese viejo es como un niño de cinco años. Por eso continuaremos el protocolo.

—¿Pero qué vamos a decirles?

—Eso ya se nos ocurrirá; déjelo de mi parte. Lo esencial es no cerrar el asunto. Sería una catástrofe terrible para la Institución, ¿lo imagina? Hay que facilitarles un poco de lo que buscan, o inventarlo mientras tanto para ganar tiempo. Una información vaga que podría tenernos ocupado unos cuantos años.

Armand se acercó al cristal de la urna con un residuo de compasión en su mirada cobarde. Le hubiera

EL OLOR DE LOS FRUTALES EN PRIMAVERA

CARLOS PÉREZ JARA

1

—¿Y bien?

El revisor tenía las manos a la espalda, observando al viejo por el cristal de la urna.

—Seguimos el protocolo, señor —dijo el ingeniero.

El revisor era un hombre flaco y disciplinado, con un cráneo largo de escaso cabello rubio y una frente amplia con algunas verrugas oscuras; sus ojos celestes desprendían la misma calidez de la escarcha en enero y un sutil halo de astucia flotaba en su gesto tranquilo.

—¿Alguna novedad? —inquirió.

A su lado, el ingeniero que lo acompañaba era mucho más robusto, con el cabello negro algo alborotado y gafas anchas con montura de pasta roja.

—Ninguno —respondió en voz baja—. Lo hemos sometido de nuevo a las ondas.

—¿Y la máquina de persuasión? —dijo el revisor, y se fijó en el anciano distraído, sentado en una banqueta de la urna; desnudo, su cuerpo era blando como la harina, con huesos que se acentuaban sobre una carne de aspecto frágil. Su barba gris y salvaje era propia de mendigos o sacerdotes, como el cabello rizado y casi blanco que reposaba en sus hombros. Bajo las cejas hirsutas, unos ojos negros miraban sin profundidad a cualquier espacio de su nuevo refugio.

El revisor no terminaba de creerlo.

—Hoy la usamos por tercera vez, señor. Los resultados siguen siendo negativos. Su cerebro está dañado en varias áreas del hipocampo. Desconocemos la causa, pero la edad y el abandono han debido acelerar su decadencia.

—Armand —dijo el revisor al fin, y se metió las manos en los bolsillos—.

para enfrentarse con los dos jefes quienes, con los brazos cruzados, estaban observándolo.

—¿Nos quedaremos a ver? —dijo casi tímidamente.

Mandrágora sonrió.

—Sí, novato —chilló su voz, con el acento de la locura recién desenterrada—; tenemos que asegurarnos.

—Bien, haré correr el tiempo —anunció Légamo, mientras extendía sus tentaculares dedos como una translúcida estrella de mar—. Paso de desaceleración temporal a aceleración 1 a 0.0001... 1 a 0.003... 1 a 0.017... 1 a 0.5... Disminuiré la aceleración para que esto no vaya tan rápido: 1 a 0.8... 1 a 0.9... 1 a 1. Tiempo normal, flujo estable y sin turbulencias; estamos aislados del campo. ¡Listos para huir cuando todo pase!

El aire se movió bruscamente.

Las elegantes ramificaciones rojas cayeron de golpe. Los fleijos completaron su salto. Los corios aullaron, mientras reptaban fuera de sus peñas. Y el grito del hombre brotó de su garganta.

Pero el vehículo no se estrelló.

Una gigantesca mata de decolorados y traslúcidos pseudohelechos frenó al vehículo, amortiguando el choque.

Mareado y tiritando, el hombre salió del destrozado aparato. Se iba masajeaba el cuerpo magullado, mientras se quitaba la escarcha de sangre que se congelaba sobre las heridas de su rostro.

—Hubiera jurado que iba a estrellarme contra aquella neva —murmuró.

La densa, transparente y movediza gelatina que envolvía a los hombres comenzó a retirarse a medida que se estabilizaba el espaciotiempo con el que estaba hecha. Poco a poco, sus contornos se fueron definiendo al ritmo de la desaceleración temporal, volviéndose más nítidos, aunque insustanciales, hasta que el simple aire que componía su estructura material se unificó con el resto de la atmósfera de la plataforma del cronopuerto.

En ese mismo instante, las monstruosas figuras que había bajo la burbuja dejaron de ser tales. Junto al pálido y escuálido adolescente de ojos verdes, que aún tenía algo de ictiomorfo en sus rasgos, se hallaban de pie dos hombres que pasaban los cuarenta: Mandrágora, quien ya no parecía un engendro infernal y se revelaba como un hombre sólido, muy alto y rubio, de piel tan bronceada que resaltaba sus ojos celestes hasta hacerlos parecer casi transparentes, y Légamo, cuya figura estilizada y elegante, de cabellos, piel y ojos como el ébano, distaban años luz de aquella apariencia de chorreante limo.

El preboste Bob "Cuervo" Murcie se les acercó, junto con dos gestores que portaban unas cajas pequeñas de las que emergían sendos tentáculos temporales, iguales a los de los trajes. Los tentáculos tocaron a cada uno de los tres hombres, mientras uno de los gestores repetía en voz alta —para nadie en especial o para todos ellos— los resultados que leía en la caja.

—Jefe Isaac Luro: 0.0; jefe Fritz Samuel: 0.0; aprendiz Philip Zelny: 0.098.

El segundo gestor comunicó de la misma impersonal manera: —Estuvieron 45.00.234 en tiempo inmovilizado y 00.20.025 en tiempo normal.

Entonces los prácticos de puerto tomaron muestras del aire que rodeaba a los hombres y se retiraron.

El preboste Murcie —robusto, casi una mole de cabellos grises prácticamente rapados y ojos del mismo color, perdidos en una maraña de arrugas— estaba callado, con el gesto adusto y la mirada en el suelo. Y aunque aquello no era extraño en él, Mandrágora y Légamo sabían que la circunstancia lo ameritaba. Aquella pérdida de tiempo era inmoral, por no decir peligrosísima.

Cuando Cuervo al fin alzó los ojos, sus palabras iban dirigidas al muchacho, pero su vista no dejaba de columpiarse entre las figuras de Mandrágora y Légamo. Deteniéndose, sobre todo, en éste último.

—Zelny —dijo con voz tranquila y un tono lánguido por completo inadecuado a su discurso—, usted ha gastado 0.098. Sencillamente rebasó todos los límites de seguridad. —Los ojos del cuervo se posaron en la mandrágora—. ¡Ni que hubiese salvado al mismísimo Ditry!

A medida que la furia crecía en el preboste, su voz lo traicionaba, volviéndose más y más calmada. Ahora sus ojos se detuvieron en Légamo.

—¿Quiere morir? —susurró dulcemente, en el colmo de su ira—. ¡No deje su tiempo en estas operaciones! ¡Vaya a un banco de tiempo y dóneselo a alguien! ¡O véndalo! Están dando un excelente precio por él en el mercado

negro. ¡Pero no derroche su tiempo en alguien que no lo necesita! —El preboste Cuervo intentó calmarse, y su voz comenzó a ganar decibeles mientras se peinaba el cabello con una mano—. Ese hombre, Rick Lilois, al que salvaron; vivió 187 años. No necesitaba casi nada de su tiempo, aprendiz. Y usted perdió nada menos que 0.098 en él. —Con las manos en los bolsillos, dio dos titubeantes pasos a la derecha; luego volvió sobre ellos como si se hubiese olvidado de algo y, mientras clavaba sus ojos en Légamo, murmuró sobre el oído del muchacho en forma apenas audible—: Zelny, es su vida la que da en cada cesión de tiempo. Cada milésima de segundo que le entrega a alguien es una oportunidad de vida menos para usted.

Sin quitar las manos de los bolsillos, el preboste Murcie, quien alguna vez había sido el entrenador de campo de Luro, se paró en medio de los dos jefes. Miraba a lo lejos, no a ellos, y parecía hablarle a la pared con la que su vista chocaba.

—Y ustedes dos, ambos expertos. Sobre todo tú, Légamo, que ya te estás por retirar. ¡Cuarenta y cinco minutos en intemporal! ¿Qué hicieron?, ¿jugar una partida de ajedrez?

—El modo en que las palabras sonaban era casi sensual, pero su contenido albergaba el peor de los insultos que se le podía hacer a un operativo del tiempo.

Chasqueó la lengua, incómodo por la manera en que el contenido y la forma de su discurso se oponían, y agregó, resignado por ese efecto secundario de tantas y tantas operaciones de aceleración temporal: —Ten-

Sin pensarlo, bajé.

A pesar del relato del viejo y de lo leído en los diarios de antaño, disfruté del traqueteo de ese vagón.

Y, de repente, una sacudida, un crujido metálico, un apagón.

© MARTÍN DURAND, 2014,



MARTÍN DURAND
(Argentina —Buenos Aires, 1963—)

Estudió periodismo en el Círculo de la Prensa, realizó distintos cursos de Filosofía y estudios autodidácticos en mitología clásica y filosofía de la religión. Alumno de ÁNGEL FARETTA en sus cursos de Estética del Cine y sus seminarios de literatura fantástica, cursó guión cinematográfico y realización con RODOLFO HERMIDA y FERNANDO REGUEIRA y participa en el taller literario de CLAUDIA CORTALEZZI. Está trabajando un libro de cuentos fantásticos y en la novela corta *Bajo la máscara*.

En **NM 33** colaboró con “En la vieja mansión de los Tadic”.

respuesta positiva, sacarlo de la melancolía del relato.

Y el viejo se echó a reír.

“Está loco”, pensé. “Pobre tipo”.

—Mi querido amigo —dijo—, primero estuve internado diez días.

—¿Nada más?

—Después me reincorporé al diario. No tuvieron mejor idea que enviarme a Córdoba. Justamente a Cosquín, donde mandaban todos los tuberculosos. Y, para colmo, a los pocos días vino el golpe de Uriburu. Así fue que quede como “el loco del diario”. Cuando la gente no comprende algo racionalmente, lo trata de esa manera. Al principio me puso furioso, pero luego dejé el diario y me instalé mi propio negocio.

—Cuánta fortaleza tiene usted.

—No lo crea, todas las noches soñaba con aquel cuadro dantesco. Escuchaba gritar a la gente y creía que mi herida supuraba. Eran sólo pesadillas.

El dueño del bar ya ponía las sillas sobre la mesa y nos miraba con fastidio.

Gorostiaga me pidió permiso para retirarse. Nos dimos la mano.

Yo fui a la caja a pagar lo consumido, mientras el viejo se alejaba a paso cansino y se perdía en lo más profundo de la noche de Parque Patricios.

Nos vimos un par de veces más y sólo nos saludamos de lejos. Ya no quería sacarle más el tema de lo que pasó, y seguro que él tampoco querría volver a tocarlo.

Al tiempo no apareció más por el bar. Le pregunté al dueño y me dijo que había muerto en total soledad

en una vieja pensión de la avenida San Juan.

2

Son las 13:40 del catorce de marzo. Ya están por cerrar la hemeroteca. Hace un tiempo que me ronda por la cabeza la historia del señor Gorostiaga y quise saber qué habían publicado los diarios de la época sobre lo que me había relatado aquella noche en el bar.

En estos pesados volúmenes de diarios encuadernados encontré la noticia de un terrible derrumbe en la estación Lima. Había ocurrido tres días antes de la fecha que me dio Gorostiaga. Cinco obreros polacos habían fallecido. Los pobres no tenían familia en este país, ni siquiera documentos. Los obreros del subte hicieron una huelga que duró cuatro días, y tuvo que ser reprimida por la Policía Montada.

Cerré el último de los volúmenes y me quedé pensando, como abstraéndome. El chistido impertinente de la encargada de la hemeroteca me trajo a la realidad. Seguramente no le pagaban horas extras o simplemente quería salir a comer.

Tomé mi carpeta de apuntes y me fui sin saludar.

Caminé unas cuadras sin rumbo. Comenzó a llover y dejé que cientos de gotas corrieran por mi cara.

Decidí llegarme hasta la estación de subte de Gorostiaga; no estaba lejos.

Me detuve ante el cartel luminoso que indicaba la estación Lima y me quedé estático. La gente me empujaba y me insultaba porque obstruía el paso.

drán una rebaja de diez créditos este ciclo. No quiero que nada de esto vuelva a repetirse, y menos lo de Zelny. —Cuervo suspiró como un niño soñador y lanzó su amenaza—. Los hago directamente responsables por la estupidez del novato.

El preboste Murcie había dado su reprimenda con el inadecuadamente habitual tono meloso de sus arranques de furia; sin un grito, sin una sola disonancia, sino cálido y susurrante como un enamorado.

Finalmente, sin ningún gesto especial, dio media vuelta y se alejó arrastrando los pies hasta llegar donde lo esperaban sus dos gestores. Aún restaban “regresar” de sus respectivas misiones una centena de operativos, y él debía evaluar todos sus resultados y reestructurar las futuras misiones con base en ello —aunque, en realidad, la ida y el retorno eran algo instantáneo para la gente de los cronopuertos, quienes veían salir y llegar a los operativos en cuestión de décimas de segundo—. Además, como viajar en el tiempo no implicaba viajar en el espacio, los puntos de inserción de las misiones debían estar calculados al detalle, para que, en el segundo exacto, el planeta se encontrara en el mismo sitio de su órbita en el que había estado en el momento al que se quería ir. “El traslado cronológico no es relativo al centro de gravedad del planeta”, solía citar Cuervo, para luego agregar de su cosecha: “y nadie sabe a qué cosa sí lo es”.

Lo cierto es que Murcie no se apresuraba ni siquiera para recibir a sus operativos, pero aun así siempre

evitaba que tuviesen que realizar el salto desde el espacio extraplanetario.

—Y yo que contaba con esos créditos extras para salir con mi novia.

La voz de Zelny rompió el encanto. Ya no tenía la cualidad acuosa que la burbuja espaciotemporal le confería, pero sí había algo de líquido en su hablar.

—¿Por qué mierda hiciste eso? —estalló Légamo en un grito.

Hasta Luro se sorprendió.

Samuel siguió su diatriba de modo menos estridente, pero igual de irritado: —Ya no estás en la Academia; eres un aprendiz. Tú no cometes ese tipo de errores. Entonces, ¿por qué gastaste 0.098? ¡Yo no lo sabía!

Pareció como si el joven estuviese por pedir perdón cuando, de pronto, el mismo arranque de orgullo herido que mostrara durante la misión, se apoderó de él.

—¿Y qué? Es mi tiempo y hago con él lo que quiero. Al fin y al cabo me reclutaron por la misma razón que a todos los demás: porque somos los que más tiempo natural tenemos. Mi expectativa de vida es de 235 años. Sólo perdí veinte días en cinco ciclos de trabajo.

—Y Fritz perdió sólo cinco días de sus 232 años, en quinientos ciclos de trabajo —acotó Luro. Sus ojos cristalinos brillaban acuosos—. A este paso estarás muerto en cien ciclos, novato.

El jefe Mandrágora no había empleado el mismo tono de su compañero; al contrario, lo suyo había sido casi un lamento.

Philip pareció querer explicarse. Su boca se abrió y se cerró en silencio

varias veces. Luego, con un gesto de renuncia, el muchacho salió trotando por uno de los túneles que conducían a las Pistolas de Carne.

—No entiendo por qué lo hace. Nosotros entramos obligatoriamente al servicio, pero él es un voluntario. ¿Cómo puede malgastar así su tiempo?

Isaac parecía realmente desconcertado. Incluso su voz, que ya no era el chillido sobrenatural emitido a través de una burbuja de espacio-tiempo, sonaba extraña a oídos de su amigo. Légame lo miró con detenimiento antes de improvisar una respuesta.

—Yo tampoco puedo entenderlo, Mandra. Tal vez sean todas esas tonterías cronorrevolucionarias que le están trastornando el cerebro.

Mientras hablaban, seguían, taciturnos, los pasos del novato.

Tras un instante, el jefe Luro exclamó: —Olvidalo, ¿qué tal si vamos al *Petit Nouveau* al llegar a la ciudad? Nos podemos divertir un poco. Tú ve a visitar a Dina mientras yo paso por los cuarteles. Pusieron al muchacho en mi misma barraca; si lo encuentro, lo invito para que nos acompañe, ¿qué te parece?

Mandrágora caminaba aún más lento que de costumbre, y Légame se quedó mirándolo un rato al ingresar a la zona del Cargador. Cuando cada uno se dirigió a una compuerta individual, le respondió: —Perfecto, nos vemos dentro de tres horas.

Fritz entró en el estrecho Cañón, y esperó a que la gelatina volviese a envolverlo, pero esta vez para retener

el tiempo *dentro* de la Bala; es decir, a su alrededor.

Isaac respondió un “OK” en el instante en que su propia compuerta se cerraba, y la gelatina de espacio-tiempo muerto lo dejaba duro como el concreto y tan permeable como una red de pesca.

Endurecidos y ultracristalizados, los hombres eran disparados directamente hacia la vieja Guillotina, que ahora funcionaba como una puerta de acceso para los operativos de cronosalvataje. Poco importaba la distancia o los obstáculos que se interpusieran entre la plataforma y el planeta. Un cuerpo casi a cero absoluto es un cuerpo *permeable*. Ni la radiación ni los micrometeoros, ni siquiera dar de lleno en una luna artificial, podrían dañarlo, puesto que cualquier cosa lo atravesaría como a un fantasma. Y es que la materia a *casi* cero Kelvin está tan reticularmente ordenada que los espacios vacíos interatómicos se alinean *prácticamente* a la perfección, dejando de ofrecer resistencia a cualquier energía o materia *caliente*.

En el fondo, dejar de vibrar es dejar de ser material, incluso energético. A efectos prácticos, es un tipo de nihilización o —como lo llamaban los operativos— una “desrealización”.

Como espectros, los dos hombres cruzaron el espacio a *lux* 1.0001, congelados en sus burbujas-agujeros invertidas; capullos que los envolvían en una multitud de tentáculos de espacio-tiempo detenido —cada uno incrustándose dentro del operativo para retenerlo en esa muerte del movimiento, para aislarlo del hipermo-

en lo suyo; ni se imaginaban lo que se perdían.

—Lo que se acercaba desde el fondo del túnel... ¡se me vino encima en segundos! Yo no quería seguir mirando, pero tampoco podía dejar de hacerlo. *Eso* era gigantesco; medía dos o tres metros. Eso era una suerte de ciclope con enormes cuernos a los costados de la cabeza. De una cabeza de escamoso cuero verde oscuro. Y sus anchas patas estaban cortadas por tres uñas como cuchillas. *Eso* emitía un gruñido gutural, tan profundo que parecía que le brotaba de todo el cuerpo, del pecho, de las fauces. De esa lengua espantosa y babeante. Yo sólo tenía ojos y oídos para la bestia.

”Y un gruñido aún más fuerte que el del monstruo me obligó a apartar la mirada: el techo se estaba derrumbando. La gente (claro, ¡me había olvidado de la gente!) pedía auxilio a los gritos. Se chocaban entre sí. Y no tenían más remedio que pasar por donde estaba la bestia, si querían salvarse. Vi al polaco del kiosco, totalmente loco, enfrentar al monstruo con un fierro. Pero de un único zarpazo el polaco desapareció de la escena. Sólo la pata de palo quedó dando vueltas en trompo.

”El monstruo arrastró a una de las viejas coquetas; la levantó en el aire y la partió al medio. Dejó el andén regado de sangre. Uno del grupo de los bancarios corrió hacia el otro andén para zafar, pero no lo consiguió. La bestia lo aplastó antes de que pudiera subir.

—Me imagino el miedo de esa gente —dije.

—Los gritos —siguió Gorostiaga, como si no me hubiese oído— alertaron a la policía de la calle. Bajó un solo agente que, por la cara, no podría creer lo que veía. Le disparó tres o cuatro tiros y nada hizo mella en ese cuero verdoso. Ahí, los que pudimos saltamos los molinetes y escapamos escaleras arriba. En ese instante vimos cómo uno de los cables de cobre tocaba la cabeza del monstruo y se prendía fuego. Daba gracia verlo luchar, pegando manotazos al aire. Lanzaba uno chirridos increíbles; jamás me los voy a sacar de la cabeza.

—¡Como zafó, Gorostiaga!

—Sí, zafé. Aunque cometí mi gran error. Quizá porque soy periodista, curioso o simplemente estúpido, volví al andén mientras el monstruo continuaba ardiendo. Creí que podía salvar o rescatar a alguna víctima, pero me equivoqué. Los que habían quedado estaban hechos trizas. Cuando quise volver a la salida el monstruo giró y, con uno de sus inmundos brazos, alcanzó a darme un zarpazo...

El viejo hizo una pausa, acomodó su corbata hacia un costado y se desabrochó la camisa.

Un profundo y renegrido surco le cruzaba el pecho; se lo dividía en dos. Tenía los bordes rosáceos. Me pregunté cómo había sobrevivido a semejante herida.

—Éste es el zarpazo que esa cosa me dio —susurró Gorostiaga—. Este recuerdo lo voy a tener siempre, hasta el día de mi muerte.

—¿Qué hizo después? —interrumpí ansioso. Quería obtener una

—En aquel tiempo —dijo el viejo— yo tenía buena fama de cronista. Estuve en la Segunda Guerra Mundial, a pocos kilómetros de Normandía. Y antes en la Guerra Civil española, también como corresponsal. Y en cuanto accidente horrible se le ocurra. Y mi carrera se fue a la mierda después del suceso más espantoso que hubiera imaginado vivir.

Hizo un alto en su monólogo y bebió el último trago de caña.

No me atrevía a preguntarle qué era lo terrible que había vivido, pero mi curiosidad pudo más.

—Mire, joven —carraspeó y siguió—, no quiero que usted me tome por loco ni por idiota. Si veo que esboza una sonrisa, le voy a pedir que se pare y se retire, ¿está claro?

Lo vi muy serio y asentí a su pedido.

Los golpes secos de dos o tres bolas de billar en el intento de alguna carambola oficiaban de fondo.

Gorostiaga tomó aire y siguió con su relato.

—Como todas las mañanas, a eso de las siete volvía del diario a casa. ¿Le dije que trabajaba en el “Crítica”? —Esperó a ver mi cara y continuó—. Usted sabe que los diarios trabajan a la noche. Y en esa época (me estoy refiriendo al año 1930) nos quedábamos de bohemia hasta muy tarde. Cuando la gente iba a su trabajo, yo volvía a casa. Ya se iba el invierno, pero era una mañana fría. Le digo que bien temprano había algo en el ambiente que no me gustaba. Ese día nublado el clima se volvía pe-

sado y no había casi gente por la calle. Raro, me dije. Rarísimo.

”Bajé las escaleras del subte de la línea A en la estación Lima. Lo recuerdo como si fuera hoy: en el kiosco de revistas estaba el Polaco, un tipo intragable, con una pata de palo. Decía que había estado en la guerra y que una mina le había arrancado la gamba. Como todo rengo, era un hijo de puta. El que iba y venía del andén era el Enano Oscar, que en otro tiempo había trabajado en un circo, y ahora vendía pastillas Renomé. Había dos viejas muy bien vestidas que cuchicheaban a lo lejos. Y, frente a mí, un grupo de bancarios hablaba a los gritos.

”Me senté en uno de los bancos, cerca del kiosco de revistas. Me había agarrado la somnolencia. Le aclaro, siempre me pasaba. Pero esa mañana sentía que me faltaba el aire. Me fui al borde del andén para respirar mejor. Había demasiada gente en el andén; me dije que el subte estaba atrasado. De pronto vi que desde el fondo del túnel algo venía en mi dirección.

A esta altura, al viejo le temblaban las manos, le transpiraban. Le acerqué una servilleta y se las secó. Bebió un trago de agua de mi vaso y continuó.

—Mire, amigo, eso que venía era algo de otro planeta. O de lo más profundo de la Tierra. No lo supe entonces y no lo sé ahora. Usted me va a tratar de loco, pero...

—Por favor —le dije para tranquilizarlo—, continúe, Gorostiaga.

Vi que las otras mesas se habían ocupado. Cada uno estaba

vimiento exterior al que estaban sometidos—, hasta que la Guillotina los recibiese en el seno de su ojo muerto y los hiciera entrar a un puerto planetario.

Siete femtosegundos *antes* de haber salido de la plataforma, los jefes Luro y Samuel llegaron a la estación planetaria. Cada uno por la puerta que les había sido asignada.

Por como se había apurado, supusieron que el muchacho habría llegado, probablemente, dos femtosegundos antes aún.

Mientras Légamo tomaba un transporte al centro de la ciudad, Mandrágora dio un largo paseo por los pasillos del antiquísimo hidrargiropuerto desde donde, hacía cientos de años, los barcos habían zarpado para navegar ese increíble y moroso océano plateado.

Isaac iba contemplando la ciudad que se elevaba, majestuosa, con sus caprichosos edificios gigantescos suspendidos en el aire, a diversas alturas, por sobre el mar de mercurio.

Mandrágora sonrió para sí mismo; aquello era una ventaja adicional de la tecnología de Ditry ya que, en realidad, los edificios no flotaban, sino que se hallaban en caída libre. Sólo que cayendo tan lentamente que tardarían más de diez mil años en tocar el suelo. Mucho más de lo que les insumiría derruirse por sí mismos.

La idea de una ciudad entera en lenta caída libre le dejó un regusto amargo en la boca. Aquello era la patencia de que nada era eterno. De que aun algo destinado a durar milenios, como aquellos espléndidos edificios, tenía fecha de caducidad.

“Una ciudad con fecha de vencimiento”, pensó. “Como yo”.

El jefe Luro caminó hacia una cinta de transporte y eligió uno de los recorridos largos para turistas, mientras admiraba las negras playas.

Llegó a los cuarteles, tomó el ascensor y entró en las barracas.

El novato estaba flotando, a más de medio metro sobre la cama, en un relajado sueño.

Mandrágora se acercó sigilosamente y giró el dial. El muchacho cayó de golpe sobre el colchón de gas.

—¡Hola, novato! —dijo el hombre mientras se sentaba frente a él y se inclinaba un poco, a fin de disminuir su imponente altura y poder ver mejor al joven— Novato, *novato*. No, no me gusta ese apodo. Ya es hora de que tengas un nombre como todo operativo adulto, ¿no crees? —Entonces estiró una mano y despeinó al muchacho como si fuera un niño de jardín de infantes—. Yo creo que Pez te vendrá bien. Cuando te traga la burbuja, gorgoreas como si estuvieses bajo el agua. —Tomó distancia nuevamente y midió a Philip, como estudiando un espécimen nuevo recién recolectado—. Sí, definitivamente eres Pez.

Zelny se levantó de golpe de la cama y caminó a derecha e izquierda con una velocidad impropia de un operativo de cronosalvataje.

—¡Está bien, seré un jodido pez si eso te place! —Enfrentó a Luro enfurecido. Todavía no había caído en la cuenta de que aquello era casi una declaración de igualdad, una invitación que sus compañeros le estaban haciendo para que los lla-

EL SEÑOR GOROSTIAGA

MARTÍN DURAND

mase por sus sobrenombres, y no “jefe Luro” o “jefe Samuel”.

Y un tácito ascenso a su propia jefatura.

Mandrágora siguió mirándolo, esperando que comprendiera, pero el intermitente mal humor de Pez había regresado y lo cegaba.

—¿Qué? —gritó furioso—. ¿Qué quiere ahora?, ¿que vaya a recibir una transfusión de tiempo?

Mandrágora suspiró y se explicó con lentitud.

—No, tan sólo queríamos invitar a un *colega* a cenar. Vamos a estar en el *Petit Nouveau*, ¿quieres venir?

El rostro del muchacho cambió de pronto, comprendiendo al fin, pero su orgullo era más fuerte. Con un ademán desdeñoso, contestó.

—No tengo un solo crédito. Y si lo tuviera me iría con mi novia, no con ustedes.

Isaac se levantó, riéndose en silencio. Las sacudidas de su cuerpo, al hacerlo, le conferían la apariencia de una inmensa marioneta con los hilos demasiado flojos.

—Bueno —dijo en un susurro mientras se alejaba de la litera del muchacho—, si cambias de opinión, tenemos crédito allí, y un cierto derecho de piso a esta altura. —Lo miró por encima del hombro y agregó—: De todos modos estás invitado; mesa 18.

Pez lo ignoró, encendió la cama y salió flotando casi hasta rozar el techo.

Mandrágora abrió su casillero, sacó su “ropa de civil”, la colocó con cuidado sobre el chorro de aire del espejo y se metió en la ducha de vapor.

Más de media hora después, mientras se tomaba todo su tiempo para secarse, algo le llamó la atención. Un chorro de espejo no era nada extraño; el aire se deformaba en el marco vacío hasta que reflejaba toda la luz, convirtiéndolo en un espejo perfecto —sin ninguna impureza, ya que su superficie no era sólida—. Mandrágora había visto muchas veces cómo el vapor de la ducha pasaba a través del espejo, provocando pequeñas turbulencias en espiral que giraban lentamente; curiosas circunvalaciones que deformaban su imagen hasta destrozarla en giros y contra-giros. Isaac no sabía si aquello le recordaba que, mientras estaba en las operaciones, él era tan permeable como ese espejo, o si la imagen deformada le traía a la memoria cómo se veía todo dentro de una burbuja. Tal vez fuera, incluso, la remembranza de la charla que él y Fritz le habían dado al novato sobre el sentido de su propia vida —algo en lo que trataba de no pensar muy seguido, pero que cada vez lo perseguía más y más, como una amplia ala-glodia de amarillas membranas, planeando en círculos sobre su cabeza—. Lo cierto es que la imagen lo hipnotizó hasta que su cuerpo, desnudo y todavía mojado, se enfrió lo suficiente como para despartarlo de su abstracción, tiritando.

Se vistió apresurado y salió casi a la carrera, pues una mesa en el *Petit Nouveau* no era para desperdiciar, aunque ellos fuesen unos *habitués*.

Cuando por fin llegó al restaurante, Légamo ya estaba allí.

1

Siempre se sentaba a la misma mesa de *La Aurora de Parque Patricios*. Desde la barra de aquel viejo bar, yo miraba al señor Gorostiaga, que pasaba todas las madrugadas solo en la última mesa con vista a la calle. El claroscuro de la luz de mercurio le bañaba las mejillas. El viejo, vestido con un traje azul viejo, muy viejo, siempre tenía la vista en un punto indefinido. Su raído bigote blanco con huellas de nicotina contrastaba con el pelo largo y descuidado.

—El tipo fue periodista de “Crítica” —me dijo González, el dueño de *La Aurora*—. Hace años que viene acá. Habla con muy poca gente, si habla. No sé qué le pasó en la vida, pobre.

Todo el mundo lo veía raro. Como a esas personas que guardan un

secreto y lo convierten en un silencio que les dura toda la vida.

Me interesaba el personaje. Quería descubrir cuál era su secreto. Aún no sabía que al descubrirlo me daría cuenta de que no me había equivocado.

Un día empecé a saludarlo con un simple gesto. Gorostiaga no me registraba; él seguía mirando el punto fijo y fumando esos espantosos cigarrillos marrones.

Pero una noche fría y lluviosa de julio se me dio el ansiado contacto. Para acercarme a él lo invité con una caña, bebida que él siempre tomaba.

Gorostiaga aceptó y, mirándome fijo a los ojos, me invitó a sentarme a su mesa.

Hablamos de cosas banales hasta que en un momento —como si hubiera sabido que yo esperaba eso, justamente eso— comenzó a hablar de su vida.

veneno que lo mataría sin dolor, exactamente a la hora de su concepción, sesenta años después. Y era imposible de quitárselo; si lo intentaba, el aparato soltaría inmediatamente su carga, causándole la muerte. No había vuelta atrás; así lo diseñó. Tan sólo tenía que llegar antes de su sexagésimo aniversario, y aún quedaba tiempo.

Recordó su viaje. Lo difícil que había sido. Ya casi no existía la gasolina. Eso era de lo poco que había sacado en positivo el incidente. Tenían combustible de fuentes renovables, pero ya no había quién trabajara para producirlo. Iba rellenando el vehículo que encontraba de lo que quedaba en las estaciones. En donde se había terminado, tomaba otro vehículo para seguir. Se encontró con puentes derrumbados y tuvo que cruzar con botes que estaban en las orillas para seguir.

Y así llegó hasta este punto. Puso a funcionar su contador Geiger; señalaba que la radiación era casi nula. Se adentró por uno de los grandes puentes que unían la isla de Manhattan con el resto del mundo. No había forma de que pasara algún auto, pero se podía caminar con relativa seguridad sobre él.

Consultó nuevamente su reloj mientras se adentraba. No faltaba mucho; estaba a tiempo. Encontró un mapa de la ciudad de Nueva York antes de

salir de Guanajuato, y ahora lo utilizaba para llegar a su destino. Le extrañó que las calles y avenidas estuvieran limpias de todo deshecho. Los esqueletos de las estructuras sobrevivientes del holocausto permanecían como mudos testigos de la hecatombe, pero sin basura ni deshechos.

Llegó al Parque Central; no pudo creerlo. Todo estaba verde, con árboles y el césped bien cortado. Arroyos corrían dentro del sitio. Llegó hasta una explanada libre de vegetación. Respondió a su primer impulso y se puso a correr como si fuera un niño, reclamando una experiencia que le fue negada. No supo cuánto tiempo pasó hasta que se agotó. Se tiró en el pasto.

Sonó una alarma; el tiempo se había acabado. No importaba; había disfrutado los últimos momentos de su vida. El contador de radiación seguía sin señalar algún pico. Todo normal.

Miró hacia el cielo, las nubes formaban figuras de algodón. Cerró unos momentos sus ojos, mientras disfrutaba del instante antes de despedirse. Algo le hizo sombra, y no era una nube.

Abrió los ojos.

Lo último que vio Camilo en su vida fue la nave espacial que aterrizaba muy cerca de él.

© ANTONIO SUÁREZ MORENO, 2015.

RAMÓN ANTONIO SUÁREZ MORENO
(México —México, D.F., 1952—)

Reside en Guadalajara (Jalisco) y publicó en libros del grupo La Mesa Literaria y de Literatos de la N, así como los libros *Historietas de crimen y terror* (2013) y *El secreto de la monja* (2014), y el relato "El Rey Lagartija", en la revista electrónica española **La Gangsterera**.

En **NM** colaboró con "La casa en Polanco" (# 34) e "Inspiración" (# 37).

—¿Y el novato? —preguntó Samuel.

Mandrágora se rió por lo bajo mientras se sentaba a la mesa.

—Lo dejé flotando en la penumbra, a dos metros sobre su cama. Ajusté los controles antes de irme, mientras el chico dormía. A esta altura ya lo debe haber despertado el dolor de cabeza.

Fritz ignoró la broma. Él mismo la había sufrido alguna vez. Era una de las especialidades de Isaac: *aplastar* ligeramente contra el techo al que estaba durmiendo.

—Por cierto, ya lo rebauticé: Pez.

Légamo sopesó la elección de su amigo y luego asintió solemnemente.

Los sobrenombres no eran algo que se podía tomar a la ligera. Su obtención era como un rito de pasaje sin ceremonia, y el momento del nombramiento respondía a un acto intuitivo, a un momento de inspiración de uno de los maestros del iniciado.

El por qué, el cómo y el cuándo seguramente tenían explicaciones psicológicas, pero para los operativos de cronosalvataje constituían una irrupción de lo cuasisagrado en sus vidas, algo así como un Misterio eleusino que los cambiaba de nivel para siempre: nunca más "novato"; desde ese momento "jefe". *Su propio jefe*; ésa era la idea del título.

Isaac miró los ojos color negro tinta de su compañero y leyó en ellos su total aprobación ante el espontáneo ascenso que le había dado a su protegido; entonces suspiró tranquilo y esbozó una media sonrisa.

Mientras le hacía una seña al mozo, Légamo comentó: —Ese mu-

chacho me preocupa; su comportamiento no es normal.

—Lo sé —respondió Isaac con seriedad, ojeando la carta.

—¿Crees que tenga deudas y le estén cobrando con tiempo? —La voz de Fritz mostraba auténtica consternación.

—No, no parece el tipo de persona capaz de meterse en esas cosas —replicó Mandrágora, sin retirar sus clarísimos ojos de la carta—. Además, no era así hace dos semanas atrás. Ahora lo único que vale la pena para él son esas teorías locas y su novia.

Fritz ponderó aquello.

—Entonces, ¿crees que es culpa de la chica? ¿Que ella pudo haberlo metido en algo raro?

—No, no. La chica es una controladora de anomalías del sector 2/12. Es muy buena en su trabajo y no necesita tiempo extra. Tiene una expectativa de 182 años. —Mandrágora hablaba vehementemente, mientras repasaba la carta de vinos. Légamo empezó a recelar de que su compañero no lo mirase al hablar—. Y es tan conservadora que no debe ni saber que existen los cronoterroristas. Y sí, la hice investigar, por si te lo preguntas.

"Además, los desertores o los prófugos no pierden tiempo, lo acumulan, y en grandes cantidades. No olvides que el único sitio al que se puede escapar es al futuro, donde no se los puede rastrear. Y eso cuesta; el tiempo potencial de un posible futuro siempre requiere más energía que el tiempo realizado en un pasado fáctico.

Las negras y finas manos de Légamo extendieron la servilleta y

la pusieron sobre su regazo. Luego, con la misma elegancia, tomó la carta y asintió.

—Es cierto, para ir allí hay que gastar una enormidad de tiempo biológico. Y, cuanto más lejos el futuro al que deseas ir, mayor será la inversión necesaria para hacerte un hueco en el nicho vital potencial. —Miró por encima del menú y fijó su vista en Mandrágora—. ¿Entonces...?

Isaac mesó sus cabellos de color bronce con intranquilidad y respondió: —No lo sé. Esto es demasiado raro... hasta para mí.

El mozo se les acercó; era un pteroser, un modelo genético de anticuario. Algo definitivamente muy refinado; algo “muy *Petit Nouveau*”.

—Señores... —dijo la voz cristalina del arrendajo azul humanizado—. Buenas noches. —Fritz alzó la vista y tuvo la misma impresión que siempre tenía al verlo: la de estar contemplando un cuadro del Bosco—. ¿Desean ordenar ya? —“Tal vez el Jardín de las Delicias”, pensó. “O tal vez, el Infierno”.

Por todo el restaurante había pteroseres trabajando: mozos, *maitres*, escanciadores. Seres hijos de la ingeniería genética que no poseían el estatus de ciudadanos, pero sí el de personas liberas (una vez cubierta su cuota con la empresa que los había creado o adquirido). Curiosidades que habían estado de moda hacía cientos de años atrás, en un sitio muy lejano, y que ahora daban “ambiente” al restaurante.

Los mirlos, petirrojos, oropéndolas y canarios, los cardenales, calandrias y zorzales atendían las

mesas con sus voces melodiosas. Cada uno tenía cabeza de pájaro —del tamaño de una testa humana, tal vez un tanto más grande— y cuerpo de hombre o mujer. Pero, en lugar de piel, lucían un conjunto de finas y apretadas plumas que presentaban diseños similares a los de las aves de las que procedían.

El pico versátil, constituido de un tejido muy diferente del original, lograba articular sonrisas serviciales y palabras, mientras que sus gargantas las gorjeaban.

Fritz emergió por fin de la sensación surreal que le provocaba aquel conjunto de plumas azules y lavandas, el copete celeste, las intrincadas rayas negras del rostro, el pico como de cuero duro, los ojillos de ónix, brillantes e inescrutables... y exclamó: —¡Buenas noches, Félix! ¿Cómo has estado?

El pájaro humanizado sonrió cortésmente y respondió.

—Muy bien, jefe Samuel; disfrutando de este clima fresco que nos acompaña y aprovechando los francos para leer algo de teatro kabuki.

Las manos, de finos y largos dedos rematados en uñas ahusadas, acercaron a la mesa una canasta con panes especiados y un cuenco con crema de hongos —el entremés preferido de ambos clientes—. Cuando apoyó sobre la mesa los cubiertos, asomaron por debajo del *jaqué* las plumas blancas, celestes y azul claro de sus muñecas, descubriendo un esquema de colores fascinante que se continuaba en las plumas negras y lavanda que recubrían sus dedos.

Fritz se concentró en esos ojos pequeños, redondos y húmedos. La

de ciencia. Y había muchos puntos del mundo inhabitables.

Las personas comenzaron a migrar para juntarse con otras. Se formaron núcleos en los pocos lugares en los que aún se podía cultivar la tierra.

Los animales también se vieron afectados por el destello, pero no al mismo nivel que los hombres. Podían reproducirse, pero en menor cantidad. Pronto el planeta perdió una tercera parte de su población zoológica. Se estabilizó unos años más tarde, pero apenas lo necesario para que los humanos pudieran subsistir.

Los árboles y las plantas también fueron afectados, pero únicamente los que producían alimentos.

Teníamos un mundo en el que apenas salíamos adelante.

Camilo se acercaba a la ciudad. Unas millas atrás pasó letreros que avisaban que introducirse más causaría la muerte. No hizo caso y siguió su camino, a eso venía. No se sentía mal; no sentía cansancio ni hambre. Portaba un contador Geiger para medir la radiación, y éste no indicaba altos niveles de emisión.

Recordó su historia. Él había sido de los últimos bebés. Su padre, descendiente de mexicanos, trabajaba en el centro de acopio de semen. Era joven y no tenía hijos, aunque estaba casado. Cuando vio lo que sucedía, robó una probeta con líquido. El donante era un doctor en ingeniería con muchos reconocimientos. Con ayuda de un especialista, que también trabajaba en el centro, inseminó a su esposa, Juana, y la mandó de regreso con sus padres a México, a la ciudad de Guanajuato.

Allí la tuvieron oculta mientras daba a luz. Mientras, atacaron el centro y el padre de Camilo murió.

Cuando nació, los vecinos se enteraron del acontecimiento y decidieron continuar con el silencio. Todos esperaban que el niño no hubiera nacido con la impotencia. Fueron trayendo los mejores hombres de ciencia que encontraron para educarlo.

Llegó a los doce años y descubrieron que también estaba como los demás. Se olvidaron de él.

La población fue envejeciendo y había muchas cosas que enseñar y pocas personas para recibir el conocimiento.

La vida de Camilo no había sido muy feliz. Había muchas expectativas sobre él y luego lo hicieron sentir culpable. ¡Como si él fuera el causante de lo que sucedía!

Luego llegó la soledad. Nunca estuvo con niños de su edad; todos eran mayores. Y ahora, en el ocaso de la vida, ya casi no quedaba gente poblando el planeta; tal vez él era el último.

Camilo iba a cumplir sesenta años. Uno de los últimos seres vivos en la Tierra. Y fue cuando decidió hacer la peregrinación. Iría al lugar de su concepción para celebrar su cumpleaños. Una especie de agradecimiento a su padre. Porque, a pesar de todo, pudo tener una vida. Iría a la ciudad conocida como *La Babel de Hierro*, y buscaría el Centro de Acopio. Era una meta, algo que hacer.

Desde luego que no le importaba la radiación, pero no quería tener una muerte con sufrimiento. Entonces inventó el aparato que traía dentro de él. Un reloj de tiempo que dejaría salir un

que salió mal. Alguna gran potencia que hizo estallar una bomba química sin pensar en las consecuencias. Hasta hubo una que aseguraba que el fenómeno había sido un ataque alienígena para terminar con los seres de la Tierra y apoderarse del planeta. Camilo sonrió; todas esas cosas eran pamplinas.

Tardaron unos meses en darse cuenta de los efectos del fulgor. Los hombres se quedaron impotentes. Ya no hubo nacimientos naturales. Lo único que quedaron fueron los bancos de semen, que no se vieron afectados por la calamidad. Se llegaron a pagar grandes fortunas por el precioso líquido.

El primer gobierno que reaccionó fue el de los Estados Unidos. Movié todo el inventario de la nación a un solo punto. A Nueva York, a un edificio fortificado. Pensaron en trasladarlo incluso a Fort Knox. Había rumores de que otras naciones querían apoderarse del tesoro, ya que el país tenía la reserva más grande del mundo, y no quisieron arriesgarse a un robo. Estados Unidos cerró sus fronteras.

Y llegaron los profetas del desastre y la perdición. Comenzaron a sermonear diciendo que eso era un castigo de Dios por los pecados de la humanidad. Después de algunos lustros y cruzadas santas, las religiones se acabaron. Quedaron dos vertientes: los que creían lo del castigo y sus detractores. Comenzaron a guerrear entre ellos. A los profetas del desastre se les unieron los anarquistas y grupos paramilitares. Intentaron tomar por la fuerza el lugar donde se guardaba el líquido para destruirlo, pues creían que era la única forma en que Dios perdonaría a los humanos. Casi tuvieron éxito. Entonces el gobierno quitó

guardias de las fronteras para concentrarse en defender la ciudad a como diera lugar, en especial el edificio. Nueva York se volvió una fortaleza.

El mundo se quedó casi sin niños. Los que nacían eran producto de inseminación artificial. Y era un privilegio de las clases pudientes.

En otros lados del mundo había empezado el Armagedón. Unos comenzaron a robarse niños para adoctrinarlos y enseñarlos en el arte de la guerra, para poder apoderarse luego de lo que quedara.

¡Increíble que pensaran en dominar el mundo, en vez de unirse, dado que tan sólo quedaba una generación!

Comenzaron los ataques nucleares. Los países con armamento de ese tipo comenzaron a atacar a sus vecinos, a destruirlos.

De alguna manera, en los Estados Unidos, los Iluminados, un grupo subversivo, trabajando en la clandestinidad, lograron obtener material nuclear de otro país. Hicieron estallar el artefacto en Nueva York, en el edificio donde se mantenía el tesoro. La ciudad quedó destrozada y con suficiente radiactividad para hacer imposible la vida. Los Iluminados tomaron el poder por un tiempo, con la amenaza de hacer estallar otro artefacto.

La población fue decayendo de manera exponencial. Los Iluminados se dieron cuenta de que Dios aún no los perdonaba y exigieron imponer doctrinas muy restrictivas. Comenzaron a perder adeptos hasta desaparecer.

La humanidad por fin reaccionó. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que la única posibilidad que tenía para sobrevivir era uniéndose. Para entonces se había perdido gente

homogénea oscuridad que los conformaban volvía virtualmente imposible averiguar qué cosas pensaba en verdad el arrendajo.

Samuel siempre había tenido curiosidad por esos seres. Curiosidad y una pizca de culpa.

De pronto, Isaac intervino.

—¡Hola, Félix! ¿Kabuki? He oído algo, pero no entiendo aún de qué se trata. Algún día tendrás que explicármelo. Sabes que me gustan las antigüedades que provienen del Sistema Sol.

El pico flexible del hombre-arrendajo azul sonrió de modo todavía más efusivo al responder.

—¡Con sumo placer, jefe Luro! Sabe que siempre me fascinan nuestras charlas.

—Entonces —dijo Isaac—, será una de estas tardes, café Sanani mediante, y mientras escuchamos a ese tal Tchaikovsky que tanto te gusta.

Félix hizo una reverencia y luego elevó su copete, a la par que decía:

—Será un placer volver a recibirlo en nuestro humilde nido.

Había una dignidad en el pteroser que quitaba el aliento y Fritz sintió algo de vergüenza. No parecía justo que ese sujeto elegante y refinado los estuviera sirviendo a ellos. No parecía justo que alguien tan culto y complejo se dedicara a suministrar panecillos de ajo y jengibre. No era para nada justo que un ser sintiente, que un ser inteligente, fuese apenas un liberto.

—Es un trato —acordó Isaac—. ¿Qué tal está hoy la crema de anchoas y lechuga?

Los larguísimos dedos azulinos acariciaron las copas al ubicarlas frente a ellos. La voz de ave canora casi entonó la respuesta.

—Particularmente exquisita, jefe. Si se me permite decirlo, toda una joya de la arqueología culinaria.

—Pues eso será, entonces. Confió plenamente en tu gusto —elogió Luro, rubricando la expresión con un enfático asentimiento—. Y, en honor a tu nueva afición, lo acompañaré con sake.

El ave y el hombre se sonrieron mutuamente. Légamo no captó el por qué.

—¿Y usted, señor? —inquirió a Fritz.

—Bien, yo quiero —el jefe Samuel pasó la vista por la carta de tapas de cuero verde y recitó—: “terrina de queso con calamar de las sombras” y una copa de “vino de Marsala de la casa”.

Félix inclinó la cabeza hacia un costado y luego hacia otro, como ponderando aquel pedido, sonrió políticamente y partió hacia la cocina.

—¡Hey! ¿Ésta era la fecha para el fin del mundo y no lo recordé? —La expresión de Luro hizo reír a su amigo.

—Bueno, como siempre me insistes en que amplíe mi paladar... —se explicó Légamo—. Nada de lo que pedí es tóxico, ¿no?

La estridente risa de los dos se fue desvaneciendo lentamente en un incómodo silencio. Fritz no era el único sorprendido, hasta el mismo Mandrágora se asombró de su propio y repentino cambio de humor.

Légamo decidió distender la charla: —¿Desde cuándo te reúnes

con Félix para charlar de esa extinta colección planetaria de vetustas rocas y globos gaseosos?

Mandrágora hizo una mueca antes de responder.

—Hace un tiempo ya; desde que descubrí que a él también le fascinaba el Sistema Sol. ¿Sabes que todos los pteroseres vienen de allí? Sus cepas aviares, quiero decir.

Fritz alzó las renegridas cejas en un gesto de auténtico asombro.

—¿En serio? ¡Quién lo hubiese dicho! Entonces son casi una *aristocracia*... ¡Y pensar que ni siquiera son ciudadanos! A veces me siento verdaderamente mal por su situación.

Isaac lanzó una risita antes de replicar: —Pues no lo hagas. ¿Conoces a esa muchacha pelirroja que canta blues en el *Club Marsalis*? —Samuel respondió con una afirmación muda y con una expresión en su rostro que daba testimonio de la belleza de la mujer en cuestión—. Pues es su pareja. Hace dos años que viven juntos en el barrio de bronce.

—¿Dana O'Connell? —casi grita Fritz—. ¡No puede ser! Hace un año que dejé de intentar cortejarla. Invertí varios meses yendo a escucharla, llevándole flores, hablándole de esto y aquello... ¡Mierda, debí aprender a volar o a silbar!

Apenas dijo el chiste se arrepintió de él. Lo había dicho sin pensar y era algo racista. Pero Mandrágora comenzó a reírse como si fuera una genialidad. Y su amigo acompañó su risa, si no por pudor, por cortesía.

Esta vez las carcajadas de Isaac sonaban casi dementes, y tan rápido

como empezaron se detuvieron. El propio jefe Luro comentó en voz muy baja, mientras observaba cuidadosamente sus manos apoyadas sobre el mantel rojo: —Creo que Pez no es el único extraño últimamente, ¿no?

Légamo trató de distender la situación.

—¿Por qué no vienes esta noche al juego de pelota con Emil y conmigo?

—¿Qué crees que me esté pasando? —susurró Isaac.

Légamo suspiró sonoramente y arriesgó: —A veces el condicionamiento mental es demasiado fuerte y el cerebro simplemente no soporta esos vaivenes entre el caos y el orden...

El rostro de Fritz se congeló en medio de su discurso y la vista se le perdió en ningún sitio. Entonces agregó: —Espera un segundo; es Dina... ¿Hola, nena, qué pasa?

El psicofón de Légamo estaba funcionando. Isaac se sintió incómodo. Su compañero estaba hablándole a una imagen que se formaba directamente en su corteza visual y en sus terminales auditivas. Algo así como una alucinación tecnológica.

Él sabía cómo debería verse la imagen. Alguna vez había conocido a la hijita de Fritz: una morenita de tres años, con los ojos de Légamo y el carácter circunspeto de Emil.

—Pero papi te dijo que iría más tarde a saludarte y a tejerte un holo-cuento, y lo haré... —Fritz le hablaba a la nada o a algo más tangible que la propia realidad—. No, no. Entonces ve con Emil... Sí, está bien... Hasta mañana, corazoncito.

El rostro de Légamo se iluminó en una sonrisa final. Luego recuperó

DESTINO FINAL

ANTONIO SUÁREZ MORENO

Camilo Buenaventura bajó el vidrio del automóvil e inhaló profundo, saboreando el aire limpio y fresco, algo que no había sentido en su vida. No avanzaba a mucha velocidad. Asomó la cabeza y dejó que la brisa pasara por la cara.

Vio el letrero: *Nueva York, 10 millas*. Se detuvo en plena carretera luego de chequear sus espejos, como si eso importara; ya no existía gente.

Miró el cielo. Se tornaba azul; algo inusitado y que desde luego era mejor que el color anaranjado al que estaba acostumbrado. La luz también era diferente. Hacía ver los objetos en otro forma, sin la tristeza que daba el color sepia. ¡Los árboles! ¡Las plantas! Todo cambiaba.

Decidió caminar. Podía darse ese lujo, tenía tiempo suficiente, y quería disfrutar del nuevo paisaje. ¿A qué se debería el cambio de ambientación? Lo ignoraba, a pesar de ser científico. Se sintió con un nuevo vigor. Veía con

alegría todo a su alrededor. Tal vez si hubiera visto esto antes, no hubiese...

Pero eso ya no tenía remedio. Era tonto pensar de otra manera. Lo hecho, hecho está.

Divisó un río. Estuvo un buen rato observándolo desde la orilla y vio el puente. Por ahí cruzaría. Se puso nuevamente en camino mientras recordaba cómo la humanidad había llegado a este punto.

Él no había nacido cuando pasó el incidente. Nadie supo qué fue lo que sucedió. Un destello enorme en el cielo que duró unos diez segundos. Cuando terminó, viró al color naranja, el cual era el que recordaba desde siempre.

Fuera del color del firmamento, todo siguió igual. Los científicos no pudieron explicar el suceso. Las posibles explicaciones fueron desbaratándose poco a poco, por no tener un fundamento real. Luego comenzaron las teorías disparatadas. Un experimento científico

manos andróginas aferraban objetos disímiles: hebras multicolores de lino, una vara de saúco graduada y unas tijeras perladas.

El que sujetaba el lino preguntó: —Después de este día, ¿descansará?

—Veremos cuán largos serán los hilos en esta ocasión, y decidiremos —dijo otro, que aferraba las tijeras.

—Saben bien que vive aquí, mientras muere en otro sitio. Ésa es la existencia de quienes viven en los

confines. Sembrará lo que deba y cosechará lo que obtenga.

La mirada de los observadores se volvió aciaga, anhelante.

El majestuoso ser, ajeno a la conversación, expandió sus alas de radiación y neutrinos. Levantó el vuelo sin rumbo fijo, sembró el cielo con una neblina de positrones y arrasó aquel día galáctico.

© CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO, 2015.



CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO
(México —Aguascalientes, 1981—)

Biólogo, lector empedernido y escritor polifacético, en **NM** publicó “Los cuervos también despiertan al amanecer” (# 19), “El pienso” (# 21), “Eternidad” (# 23), “Lamento” (# 25) y “Las noches de un rito” (# 35).

su habitual seriedad y se explicó con su amigo.

—Dina quería ir mañana al zoológico... ¡Ése puede ser tu problema! Mandrágora ironizó.

—¿No ir al zoológico? Descuida, ya tengo suficiente contigo y Zelny.

Félix interrumpió la nueva andanada de risas con los platos principales. Luego de servir las bebidas, tal como se suponía que se hacía en la antigüedad, les deseó que todo fuera de su agrado y se retiró.

—Puede que tus problemas se deban simplemente la soledad... —insistió Légamo—. Desde que tengo a Dina, mi vida cambió. Esa pequeñita es mi sol. ¿No pensaste en tener un hijo? —Isaac puso los ojos en blanco, en un gesto de hastío que dejaba claro que no era la primera vez que escuchaba esa recomendación. Fritz lo ignoró e insistió—. Mira, ésa es la ventaja de estar asociado, tal como lo estoy yo: obtienes un hijo o hija que es cien por ciento original; no un clon, no una réplica, ni nada parecido, sino un niño genuinamente 50 y 50 como cualquier otro... O incluso uno que tenga otras proporciones, si tú y tu asociado o asociada así lo desean. Hasta puedes fusionar tu material genético con más de una persona; aunque no te recomiendo las multitudes parentales.

La mirada escéptica de Mandrágora no amedrentó a su compañero, quien volvió a la carga.

—Piénsalo: no tienes que convivir con otra persona, si no quieres, pero tampoco tienes que criar sólo a tu hijo. Te asocias con alguien, y no importa

si es tu alma gemela o no, porque esto no es una relación, sino sólo un intercambio de genes. Únicamente necesitas a alguien que desee mezclar su ADN con el tuyo y compartir un hijo con regímenes de visita legal. Y, si tienes suerte, hasta puede que ganes un buen amigo. Con Emil siempre vamos a los partidos de pelota, por ejemplo.

Mandrágora lanzó una risita discreta antes de responder: —Lo siento, Leg; ni el matrimonio, ni la clonación, ni la asociación libre o cualquier otro tipo de socialización son para mí...

—Y con casi 42 años, ¿qué esperas? —insistió Fritz Samuel.

—No lo sé... ¿Un milagro?

Las carcajadas resonaron en el amplio restaurante colmado de gente.

—Además —continuó Isaac—, imagina que me asocio con alguien como Zelny. El pobre chiquillo sería un completo lunático.

—No me vengas con ésas. Puedes elegir algo mejor —acotó su amigo—. ¿Cuervo, por ejemplo?

Mandrágora no pudo retener el impulso y escupió parte de la crema que tenía en la boca. Las carcajadas de ambos eran casi convulsivas, pero Légamo notó algo inusual en Mandrágora; algo realmente anormal.

La forma en que se reía, la forma en que miraba; algo se había alterado profundamente en el interior de la psique de su amigo.

Isaac reía cada vez más, ganaba en energía en lugar de calmarse, hasta que empezó a llorar en la misma perturbadora forma. Hundió la cara entre las manos y un temblor frenético hizo que los platos vertieran parte de su contenido sobre el mantel.

Légamo esperaba en silencio, quieto, a que el ataque de Mandrágora cediese.

Los dientes de Isaac rechinaban de furia; las manos se crispaban sobre la tela roja. Ahora jadeaba y gemía rítmicamente, como si fuera a alcanzar alguna clase de orgasmo. Entonces, de pronto, se irguió calmado y tranquilo, limpiándose las manchas del traje como si nada hubiese sucedido.

Fritz había visto esto antes. Él mismo había padecido los ataques. Eran muy normales en un cronoviajero. Lo alarmante era la intensidad de aquél y la lentitud con la que sus efectos se desvanecían. Ahora mismo, la mirada de Mandrágora todavía conservaba esa extrañeza que notara al principio.

—El tercero de este ciclo —comentó Isaac distraídamente, mientras arrojaba fuera de su chaleco la última mancha—. ¿Murcie, eh? ¡Ésa es una gran recomendación!

—Dime qué te sucede, amigo.

Légamo no empleaba la palabra “amigo” más que cuando las cosas estaban muy desesperadas. Un frío estéril recorrió la espina de Mandrágora.

—Es sólo un ataque de concentración. ¡Por Ditry, para nosotros esto es tan normal como respirar!

—No me refiero a eso.

Mandrágora cerró los ojos fuertemente; esperó a que la sensación de pánico desapareciese —el coletazo final de todo ataque— y a que los ecos de la secuencia de sentimientos falsos se apagasen lentamente en su mente. Finalmente, sin hallar otra excusa para evitar la conversación, comenzó a comer lentamente.

Fritz emitió uno de sus clásicos suspiros, meneó la cabeza e imitó a su amigo.

—Es verdad que este calamar está bueno... ¿De dónde dices que vienen?

—Ahora, de un criadero —se entusiasmó Isaac—, pero los originales eran nativos del quinto planeta del Sistema Sol: Júpitus o Júpita; los arqueólogos no aciertan con el nombre. Dicen que eran unas cosas enormes, de varios kilómetros de largo. *Loligo iovis*; así los clasificaron. ¿A qué saben?

Légamo tragó el pedazo que tenía en la boca.

—¡Cómo! ¿Es que nunca los comiste?

—No —respondió Mandrágora, mientras saboreaba otra cucharada de su crema—; prefiero la antigua comida de Tierra o de Mars. A propósito, tienes la lengua verde, pero eso es normal... supongo.

Por un instante ambos se quedaron en silencio, quietos; luego Isaac lanzó una carcajada corta que se extinguió rápido.

Fritz, volvió a suspirar... Con cierto alivio.

Al día siguiente el preboste Murcie los esperaba en la plataforma, junto con otros treinta y seis operativos.

El recién nombrado jefe Zelny les echó una mirada de reproche cuando ambos entraron con el clásico paso cansino de un cronoviajero —es decir, el de quien nunca halla motivo para apresurarse—. En casi todos ellos, la angustiosa ansiedad de la juventud había dejado paso, hacía mucho ya,

CICLO

CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO

El chirrido electrostático cohesionaba al cielo, de un azul orgánico, con los belfos de la bestia, de grafito, níquel y titanio. Un gran lomo de piel cromada se hundía entre las sales alcalinas.

Desde las puntas quebradas de los picos cercanos, los visitantes pensaban en un océano vertical, en un carámbano metálico, en una masa de relámpagos sólidos. Súbitamente, el chirrido aumentó de intensidad.

—¡Sí, respira, levántate, abre los ojos! —exclamaron tres voces al unísono, alegremente.

Sólo recordaba haber caminado pausadamente a través de una gran grieta... Pero había pasado mientras dormía. Imaginaba que eso era lo que en su país llamaban “sueño”.

Nunca había tenido uno, pues jamás había llegado a la profunda sima que aloja a quienes duermen

en paz. Los elixires que le administraban los metaalquimistas le permitían no perder la razón después de los eternos lustros insomnes que habían sido su penitencia. Ni siquiera recordaba con exactitud qué lo había llevado a esa vida azogada, repleta de imágenes febriles, de un sentimiento de pérdida profunda, de culpa abismal...

No extrañaba sus miembros acalambrados, ni los últimos pasos inciertos que dio en los pasillos de su castillo de basalto. Sólo sabía que estuvo errante durante noches astrales, y que de pronto, tras cruzar el umbral parpadeante, despertó con una nueva energía, en un cuerpo poderoso, de lustre acerado; en un mundo joven hecho del polvo estelar más antiguo existente.

A distancia segura, el bullicio de los tres observadores no cesaba. Sus

ya. Los luxos lo seguían fielmente a sol y a sombra.

El líder se detuvo a su lado, jadeando levemente, con sus cuatro diminutos ojitos enfocados en la escopeta y sus ocho patas golpeando ansiosas en el suelo. ¡Cacería!

Unos pasos más adelante, el resto de la manada saltaba y jugaba, mordisqueándose y zumbándose entre ellos.

El animal miró en la misma dirección que Mandrágora, allí donde las alas-glodia danzaban majestuosamente en el cenit, y sus fauces no lograron retener la saliva.

“Planeando en círculos sobre mi cabeza”, volvió a pensar.

Del bolsillo izquierdo de Isaac surgió un coro de risas infantiles y una suerte de mezcla entre ladrido y zumbido.

El luxos alfa posó su lengua olfativa contra la tela exterior del bolsillo del exjefe Luro; el animal reconocía el ladrido de uno de los de su especie.

La mano de Mandrágora dejó de acariciar el viejo iterafoto, cuyas imágenes se conocía de memoria, y se posó en el morro escamado de su mascota preferida. El animal jadeó, agradeciendo la tierna caricia.

—¿Sabes algo, Minuto? —El luxos movió las pequeñas alas en señal de atención al oír su nombre—. Siempre me arrepentiré de no haberle preguntado a aquel tipo qué cosa llevaba en esa bandeja.

© TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA
- GUILLERMO ECHEVERRÍA, 2016.



TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA
(Argentina —Pilar, Buenos Aires, 1971—)

GUILLERMO ECHEVERRÍA
(Argentina —Buenos Aires, 1967—)

Más allá de sus colaboraciones individuales en **NM** —TERESA con “La trama del Vacío (o una única visión triple según Spinrad, Delaney y Malzberg)” (# 13), que en 2010 obtuvo el 2º accésit de la categoría “Ensayo” en el III Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas, y los cuentos “Fuerza laboral” (# 8), “La canción de combate” (# 10), “Los Romaánticos” (# 25) y “Pterhumano” (# 32), y GUILLERMO con los cuentos “El árbol de nuestra sangre” (# 16), “El círculo” (# 25) y “Extremo cuidado” (# 37)—, en coautoría, la entidad simbiote que se identifica a sí misma como ROCKWELL HOPPER también publicó “Cortina de humo” (# 14).

a una parsimonia que teñía todas y cada una de sus acciones.

Pez aún tenía la frente levemente colorada.

El preboste Cuervo comenzó su explicación con voz suave y melosa, como si su sistema hubiera quedado sintonizado en un episodio específico de un ataque de concentración.

—Tres de los antiguos edificios del polo Sur se derrumbaron/derrumbarán, lo cual significa que estamos ante una reacción temporal mayor. De los más de cien mil sujetos atrapados, únicamente deberán rescatar a un cierto número clave de personas específicas, las cuales, como es obvio, están directa o indirectamente relacionadas con la supervivencia y éxito de Dityr. Cada grupo tiene un máximo de veinte individuos asignados para salvar. Quiero que trabajen coordinados y donen la menor cantidad de tiempo personal posible.

El incómodo silencio subsecuente fue lo único que indicó que la apenas audible y lenta charla había terminado.

Los grupos se dividieron paulatina y despaciosamente, mientras los gestores les acercaban unas enormes tenazas-tentáculos que pendían, como pinzas gigantes, del extremo de una serie de rieles sujetos al techo abovedado.

Pez aclaraba los puntos mientras Légamo y Mandrágora se colocaban bajo el flujo de las pinzas.

Zelny le tendió una píldora a cada uno. Las pastillas pronto se deshicieron en sus lenguas; entonces aclaró: —Éstos son los rostros. Los nuestros están en azul. No quisieron decirme la fecha.

En la mente de cada hombre se formó la imagen clara —parecida a la de un psicofón— de más de doscientas personas. Sin embargo, veinte de ellos se *sentían* como peculiarmente familiares, y el falso recuerdo de sus rostros era más fresco y preciso que el del resto. Ésas eran las personas que tenían que ser salvadas, y una imperiosa e inconsciente necesidad de hacerlo se apoderó de cada uno de los tres operativos.

—Por supuesto, Pez —le aclaró Légamo, y su voz iba empastándose conforme el espaciotiempo se curvaba y retorció sobre su piel. Aquello era como si un conjunto de aguas vivas se unieran entre sí para formar un traje alrededor del hombre—, nunca se dice la fecha; es para evitar atentados.

La presión sobre el cuerpo de cada hombre se volvió enorme. El aire parecía más denso y difícil de respirar, y la imagen del hangar se rizaba más y más sobre sí misma, hasta que el paisaje ondulado de la plataforma se convirtió en el paisaje ondulado de una ciudad.

Resultaba sumamente difícil reconocer una persona por detrás de esa pantalla deforme. Sólo la práctica y el prolongado entrenamiento mental lograban que el cerebro recompusiese —a fuerza de pura voluntad— aquella enroscada maraña de imágenes en algo coherente y con sentido.

—“Yo y Dityr somos uno” —comenzó a susurrar Mandrágora.

Era el viejo mantra de desfase sensorial; la herramienta de concentración con la cual los reclutas eran capaces de desquiciar la capta-

ción visual, auditiva y táctil humana, hasta volverla tan caótica como las impresiones que recibían a través del traje-burbuja. La técnica consistía en desordenar la propia facultad sensorial exactamente en la misma proporción y forma en que las imágenes estaban destrozadas, de modo que se anulasen mutuamente, compensándose. Así, la mente podía leer como “orden” lo que no era más que “caos”.

En lugar de provocar armonía y paz, la meditación temporal inducía desorden y turbulencia en la mente humana; lo suficiente como para no desorientarse en un mundo desquiciado, y la medida exacta como para poder volver al mundo normal sin volverse locos.

Las imágenes, sonidos y sensaciones distorsionadas por el traje eran captados por los receptores sinápticos cerebrales —voluntariamente desestructurados en la misma escala y proporción—, de forma que resultaran *coherentes*.

Entonces los tirabuzones se convertían en edificios, los puntos estrujados en vehículos y los monstruos en bellas señoritas o esbeltos caballeros esperando ser auxiliados.

Y cuando la misión finalizaba daba comienzo el otro calvario: el de volver a la normalidad a una mente alterada ex profeso.

Agustín Wells terminó de teclear en la consola y comenzó a guardar los papeles en el escritorio. Uno de sus compañeros de trabajo se le acercó. Agustín pensó: “No otra vez”.

—El viernes sólo tiene un significado: chicas.

—Es cierto, pero no creo que tú y yo le demos el mismo sentido.

—Wells levantó la mano izquierda y la sacudió; la dorada alianza destelló en el aire.

—¡Oh, vamos! Joanna no se va a enterar.

Incrédulo, el joven Wells alzó la vista para mirar a su demasiado musculoso, demasiado bronceado y demasiado ególatra compañero, que lo miraba con expectación. Luego tomó el iterafoto: Joanna y los gemelos jugando en el jardín junto a Klehur —algo gris y anaranjado que recordaba vagamente a una langosta del tamaño de un terrier, que llevaba collar, y que daba cabriolas en el aire, para felicidad de los niños—.

La sonrisa de Agustín se formó instantáneamente. ¿Qué propuesta más ridícula era aquella? ¿Cambiar ese paraíso que lo aguardaba en casa por dos copas de un dudoso alcohol y la compañía de un par de cansancios disfrazados de mujer? No, ese tipo jamás comprendería lo que era la felicidad.

Con un “¡Bah!”, el hombre se alejó de allí, sólo para acechar a otro oficinista, mucho más interesado, que también estaba cerrando su portafolios.

Agustín continuaba guardando sus papeles, con una sonrisa en los labios, cuando sintió un crujido. Se detuvo, levantó la cabeza y escuchó más atentamente... Nada. Tomó el portafolios y se dirigió al elevador. Presionó la tecla y volvió a escuchar el mismo sonido, pero más fuerte. Al instante comenzaron a caer trozos de mampostería del techo.

No pudo evitar reírse.

¿Qué habría pasado con todos ellos?

¿Habrían escapado del planeta y trasladado sus ciudades y sus cronopuertos? ¿O habrían encontrado, al fin, un mejor método para solucionar las anomalías temporales y lograr vivir en paz?

Tal vez los cronorrevolucionarios habían vencido y todos habían desaparecido igual que Pez... junto con Dity.

Pero no; eso era imposible, puesto que él estaba allí. Y, si Pez había probado con su muerte que el destino no existía, Mandrágora estaba probando con su vida que el salvataje temporal tampoco era necesario...

O tal vez, tal como él le había sugerido a Pez, su supervivencia era parte de la misma necesidad que lo gobernaba todo.

Aunque, si eso último era cierto, él mismo debía ser algo así como un elegido del destino, el favorito del tiempo.

Una risa descontrolada emergió de su garganta. Copiosas lágrimas la acompañaban junto con un parpadeo caótico y una profunda sensación de soledad. Cerró con fuerza los ojos mientras el movimiento convulsivo lo sacudía terriblemente, allí, a la vera de un antiguo camino.

Pero ahora sabía cómo controlarse. Lo único que tenía que hacer era volver la realidad una ficción y las mentiras una verdad. Desenfocó sus sentidos, dejó que el caos entrara en su mente y, por unos segundos, contempló el mundo tal como lo hacía antes, cuando estaba dentro

de su burbuja gelatinosa de espacio-tiempo.

Por entre los contornos borrosos vio unas diminutas pirámides verdes posándose sobre su rostro y contuvo la repugnancia y la felicidad que venían desordenadamente juntas.

Cuando los temblores cesaron, Isaac “Mandrágora” Luro respiró profundamente y recompuso su sistema sensible, emergiendo con todos sus sentimientos en orden.

Con una mueca contempló dos gigantescas alas-glodia girando en el aire a varios cientos de metros de altura —“Planeando en círculos sobre mi cabeza”, pensó con descuido—. ¡Así que ésas eran las pirámides verdes!

Aún seguía teniendo miedo de que lo que Légamo había visto en su mirada pudiese parecerse a lo que él había visto en la de Pez.

Suspiró. De pronto reconoció lo que aquellos bichos negros y queratinosos le recordaban bajo sus ataques de concentración...

—¡Leg, amigo! —gritó al horizonte de niebla rojiza—. La tortuga de Zenón goza de buena salud. Y yo diría que se alimenta muy bien, pese al ataque de las asíntotas.

Tal vez valiese la pena bautizar con la figura de esa tortuga a alguna de las nuevas constelaciones que ahora brillaban en el cielo.

Terminó de calmar la ira y el placer remanentes y se enfocó en su próxima tarea.

Silbó entre dientes y una pequeña jauría gris-anaranjada emergió desde el enjambre de gigantescas flores magenta que tapizaban la pla-

Finalmente se apoyó en una barandilla y se quedó quieto.

Mandrágora contuvo el aliento. ¿Eso sería todo? Jamás había visto a alguien que hubiera donado la totalidad de su tiempo.

El muchacho movió una mano en señal de negación, como si supiera lo que Isaac pensaba.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre nosotros y la gente que salvamos? —La voz de Zelny estaba ahuecada. Su dedo tembloroso señaló el bolsillo donde Luro llevaba siempre el iterafoto que Wells le había regalado—. Que ellos viven.

Pez giró sobre sus talones para enfrentar a Mandrágora y se recostó de espaldas sobre la barandilla. El muchacho era el mismo de siempre, pero en sus ojos parecía haber algo antiguo, casi sin edad; algo que turbaba y fascinaba. Mirarlo era como asomarse a un abismo. Pez le guiñó un ojo y se esfumó en el aire, justo en el mismo instante en que su cuerpo inerte se materializaba en el suelo.

Mandrágora dio media vuelta y corrió como quien intenta escapar del mismísimo Infierno.

La Guillotina lucía roja y brillante a pesar de estar inactiva desde hacía cientos de siglos. Debajo de ella, el vasto océano de mercurio se extendía alerta y ronroneante ahora que las cinco lunas ascendían, sangrantes y opacas, sobre el horizonte. La luz del descomunal y rojo sol brillaba en la superficie de los satélites y se difundía luego en la tenue capa de vapor mercurial que llenaba el horizonte.

El clima más benigno había mudado las especies. Los corios, casi irreconocibles, se erguían sobre sus cuatro patas, superando los veinte metros de altura. Podía oírseles aullar por entre unos bosques de sinuosas y enredadas flores violáceas que habían invadido la negra playa. Las gigantescas flores pugnaban por el control del hábitat contra unas formaciones cristalinas, puntiagudas y de más de cuarenta metros de alto que habían desplazado a las últimas nevas rojas.

Algo colosal, que alguna vez había sido un pequeño glico, emergió del mar mercurial en un salto elegante y se elevó por los aires chorreando metal. Llevaba un ser oscuro y queratinoso entre sus fauces.

Esas cosas negras y duras estaban empezando a salir del denso océano en grupos cada vez más numerosos y pronto colonizarían el mundo aéreo.

Mandrágora miró con desdén a uno de esos bichos y algo en su memoria se disparó.

Lanzó una sonrisa al aire y elevó los ojos al cielo perlado que se desplegaba sobre él. El mar nunca había sido más plateado que bajo esa atmósfera.

Isaac tenía las manos en los bolsillos del pantalón y, mientras balanceaba el rifle iónico bajo la axila derecha, acariciaba con la mano izquierda el viejo y familiar iterafoto.

Hoy se proponía explorar el sitio donde una vez estuviera la cordillera norte. La erosión había arrasado con ella y con las ruinas de la ciudad. Y lo que no se había tragado el mar lo había hecho el tiempo.

Wells sabía que era algo tonto, pero también imprescindible. Dio media vuelta, alejándose del ascensor, y regresó a su escritorio. Pero no tuvo tiempo de saber siquiera qué estaba pasando, cuando un pesado bloque de cielo raso se abalanzó sobre él.

Entonces el tiempo se estiró y se hizo lento. Muy, muy lento. Y el trozo de techo casi se detuvo.

—Éste es mío —comunicó Mandrágora a sus compañeros.

Isaac trató de mover al hombre que miraba la pared suspendida a centímetros de su cabeza, mientras pensaba por qué no había atinado a resguardarse siquiera.

Extendió uno de sus fluctuantes dedos y tocó la figura; 0.003 de tiempo biológico, de su propio tiempo, fluyó hacia el sujeto.

Alzó al hombre del suelo y, tras un gran esfuerzo, lo arrojó por la ventana.

Al instante se materializó al lado de éste.

Sin embargo, antes de que pudiese llevarlo hacia la zona de seguridad, un temblor intensísimo lo sacudió todo. El edificio comenzó a desplomarse nuevamente y las personas a gritar y correr aterradas.

—¡Atentado! —gritó Légamo—. Alguien reinició el tiempo 1:1. ¡Vámonos!

Mandrágora miró al hombre reanimado que se alejaba —en la dirección equivocada— del horripilante espectáculo de su imagen desfigurada por la capa fluctuante que lo envolvía.

Con calma acotó: —Éste aún no está a salvo. Vamos a llevarlo.

—Olvídalo —terció su amigo—; ése es sólo un procedimiento de emergencia.

—¿Y qué crees que es esto? —dijo Isaac, mientras abarcaba, en un calmado gesto, el dantesco escenario que explotaba a su alrededor.

—Él es un D8, y el procedimiento de emergencia es sólo para un D1 —argumentó Légamo—. Podemos arriesgarnos a perderlo sin mayores consecuencias.

El jefe Luro miró al hombre que corría de aquí para allá entre los escombros, herido y desesperado. Luego miró a los miles que caían aplastados, los que ni siquiera eran D, los que no entraban en el flujo directo de la vida de Ditry y, por ello, no le importaban a nadie —después de todo, si morían, habrían muerto centenares de años en el pasado—. Volvió a dirigir su vista hacia Fritz quien, por otra parte, tenía razón. Y entonces contempló el deformado rostro de desconcierto de Pez. Y, aunque no tenía nada que ver con lo que estaba pasando, sólo pudo pensar en una cosa: ¿por qué había estado cediendo así su vida el muchacho?

—Yo tomo la responsabilidad —dijo Mandrágora por fin—. Lo llevo.

El tentáculo extrudido del cuerpo del traje rozó al hombre, licuándolo en un gorgoteo de espaciotiempo, justo antes de que explotara una sección de los estacionamientos subterráneos. Las llamas y los escombros salieron disparados desde el suelo y atravesaron al D8 todo a lo largo, mientras la gelatina lo volvía tan translúcido y permeable como una burbuja de vapor.

Mandrágora bajó de inmediato los párpados y comenzó su ejercicio de reconcentración. Cuando por fin los abrió, sus ojos enfocaron el rostro sosegado del preboste Murcie.

—Légamo —dijo en un susurro entre aburrido y libidinoso—, ¿qué es esto? —Señaló al aturcido hombre que se debatía contra una explosión inexistente.

Isaac se adelantó; el espacio-tiempo aún se escurría en serpentinas por sus piernas, como un líquido denso.

—Es mi responsabilidad —dijo con firmeza.

Murcie lo miró detenidamente, justo a los ojos, algo que en verdad él nunca hacía. Antes de irse, comentó en un tono tan sensual que todos estuvieron seguros de que explotaría de ira de un momento a otro.

—¡Claro que lo es!

En la mente de Mandrágora surgió una frase: “Juicio Cronológico”. ¡Por Dityr!, ¿cómo no se le había ocurrido?

Una mano fría de desesperación se asió a sus entrañas y tiró de él hacia un pozo sin fondo que se habría justo en el centro de sí mismo. Un pozo idéntico a aquel al que eran arrojados los condenados a inexistencia durante un Juicio Cronológico. No obstante, en lugar del esperable sudor frío y la respiración agitada, sólo sintió sopor; un sopor profundo y aplastante. ¿Qué había hecho? ¿Por qué? ¡Ese hombre era perfectamente sacrificable!

¿Verdaderamente se estaba volviendo loco?

—Yo estoy contigo.

La mano de Légamo se apoyó en su hombro, y sintió su voz.

—Sabes que yo también.

Sólo entonces reparó en que era Pez quien había hablado primero.

El proceso de borrado de memoria fue lento y tedioso y, obviamente, responsabilidad de Mandrágora.

La fecha del juicio aún no había sido fijada. El defensor le había dicho que, con su impecable foja de servicio, lo más probable era que todo dependiese de cómo resultase el borrado.

Agustín Wells volvió a agradecer.

—¡Usted salvó mi vida! ¡Gracias!

Isaac lo miró casi con curiosidad.

—Es la tercera vez que me lo dice.

—Bueno, creo que nunca terminaré de darle las gracias.

—Ya se lo dije —insistió Isaac con parsimonia—; el proceso a que lo estoy sometiendo borrará todo recuerdo de esto.

—Entonces, es verdad, ¡nunca lo haré!

El hombre sonrió tímidamente. Mandrágora lo miraba con algo de lástima y de asco. Sí, asco. Porque, por alguna razón, tipos como éste tenían la vida del propio Isaac en sus manos y, con sólo enfermarse o morirse, podían destruir todo lo que él conocía.

Cerró los ojos de nuevo y se concentró en su objetivo; cada uno de los recuerdos de este sujeto, desde que había vuelto a tiempo 1:1, hasta ahora. Aquello era como recoger los vilanos sueltos de un diente de león, luego de ser esparcidos sobre cuatro hectáreas de algodinales; un trabajo minucioso, puntilloso, monótono e irritante, casi imposible, que se multiplicaba con cada nuevo segundo que

algo mayor; algo que haga a Dityr tan único como a nosotros!

Mandrágora se sentó en el suelo, frente al joven; las piernas sostenidas entre los brazos.

—Entonces, ¿piensas morir antes de tu tiempo?

Pez sonrió y susurró un “Ya que no después” y comenzó a reírse entrecortadamente, con tan poca cohesión como su imagen.

—De todos modos es una lucha perdida —lo reprendió Isaac.

—No si lo consigo —murmuró Zelny—. Imagínate, probaría que el destino no está prefijado; que las anomalías pueden anularse o no, pero que la corriente de tiempo no necesita ser reparada una y otra vez... Que no tenemos por qué darle nuestra sangre y nuestra savia al tiempo para robarle migajas de una existencia prestada y artificial que, se supone, ni siquiera nos corresponde.

Cuando terminó de hablar estaba exhausto.

—Pero es inútil —insistió Mandrágora. Realmente se estaba enfureciendo—. ¿No entiendes que incluso el destino puede consistir en que mueras ahora, impulsado por el miedo a perecer en esa fosa prehistórica?

Pez alzó la cabeza y sonrió... Era la sonrisa del gato de Cheshire.

—Ayer a la noche doné a un hospital de niños el 99.9 % del tiempo que me quedaba.

—¡Estás loco! —gritó Isaac, verdaderamente aterrorizado.

—¡Fue fantástico! —El murmullo de Philip apenas era audible.

Mandrágora salió corriendo hacia el panel de controles más cerca-

no, dispuesto a tomar el comunicador. Hacía mucho que no corría y se le notaba en los toscos movimientos.

—¡Necesitas una transfusión temporal! —se desesperó.

El jefe Luro marcaba frenéticamente, pero Zelny siguió hablando muy quedo, como quien relata un recuerdo muy lejano.

—Había una bebida de apenas unos pocos días. Estaba en una cuna muy pequeña; pateaba y emitía toda clase de sonidos chistosos. Ya sabes, esas cosas gorgoteantes que hacen los bebés. Por un momento me recordó nuestros trajes y pensé que en todas mis misiones ya había nacido las suficientes veces. La bebida apenas si tenía tres semanas de expectativa... Ahora vivirá 210 años. ¡Me sentí tan libre, Mandra!

El hombre dejó de discar y miró a su joven compañero a la cara.

—¡Por Dityr! —suspiró.

—Tal vez sí esté loco —dijo Philip—, pero te aseguro que nunca tuve tanta paz. ¿Puedes ayudarme?

Pez le tendía las manos, como un niño. Mandrágora vaciló, dejó finalmente el inútil comunicador y lo ayudó a levantarse.

Era liviano, demasiado. Ahora, de cerca, la evanescencia no parecía ser una ilusión.

—¿A dónde quieres ir? —dijo por lo bajo Isaac.

—A ver a la gente allá afuera. A ver a la gente.

Mandrágora lo siguió a cierta distancia. Pez caminaba cada vez más quedo; tenía la columna muy arqueada, la respiración tardía.

Quizá el efecto de ampliación del espectro de protección a Ditry alcance a las amebas de este mundo.

Una risa pausada sacudió el cuerpo de Philip mientras terminaba la frase.

—Pero, si lo sabes, eso significa que no puedes...

—¡Despierta, Mandra! —gritó Zelny—. Se los dije a ti y a Leg; ¡esto es un engaño! ¡Puedes conocer tu tiempo, pero jamás podrás conocer tu vida!

Isaac intentó comprender aquello, pero no pudo. Las palabras tratabillaban en su boca igual que en su mente.

—Pero tú... ¡No, no; es imposible! Tú estás aquí, ahora, y eso que hallaron no podría convivir contigo si fuese tú.

Zelny se rió agriamente y replicó: —Eso es un cadáver; por lo tanto, no está en tiempo biológico. De cierta forma ni siquiera es “yo”... O tal vez sea mi yo más pleno. De todas maneras son restos, carne muerta y fosilizada, así que puede convivir perfectamente conmigo, porque el suyo es tiempo inerte y el mío es tiempo vivo.

Una idea macabra cruzó por la mente de Mandrágora y su boca la soltó antes de que pudiera retenerla.

—¿Fuiste a verlo?

Pez giró la cabeza sin levantarla, de costado, casi como asomándose por debajo de un cortinado invisible, y sonrió con una expresión tan helada y cínica que ya no hacía falta ninguna otra respuesta.

Mandrágora intentó imaginarse lo que sería eso y comenzó a temblar.

No, él jamás hubiese tenido las agallas o la sangre fría para enfrentarse con su propio cadáver.

Se levantó de la cucheta y caminó hacia Pez; luego se acuclilló frente a él. Odiaba la sensación de miedo que lo recorría, pero sentía como si le estuviera hablando a un espectro.

—¿Por eso malgastabas tu tiempo? —preguntó sin mucha convicción.

—No lo malgasto; lo estoy invirtiendo. —Las palabras de Pez fluían cada vez más lentamente. Isaac tenía la sensación de que el muchacho se estaba volviendo insustancial frente sus ojos, como una imagen mal enfocada. Incluso tuvo que contener la reacción refleja de iniciar los ejercicios de concentración—. Dejé un poco a nombre de mi novia; sin que ella lo sepa, por supuesto. Hasta doné algo al fondo de transfusiones del cuartel.

“Mi idea es probar que el destino no existe, que la necesidad de tener que salvar constantemente a Ditry es falsa. Que no es su supervivencia lo que nos esclaviza, sino el miedo a vivir, ¿entiendes? —Todo en él se desenfocaba, emborronándose. Todo menos sus ojos, que brillaban con una nitidez asombrosa, absorbiendo la definición del resto de su ser—. Yo no quiero matar a Ditry. Yo sé que Ditry es más fuerte que eso. Él nos dio la vida (involuntariamente, claro), pero la vida es para que la vivamos. Me niego a creer que somos una nada que lucha por no desvanecerse en un mar de verdadera existencia y que nuestra única ancla sea un hombre, un simple individuo contingente. ¡Debe de haber algo más,

transcurría. Además, como la mente posee circuitos redundantes, había que recoger aquí y allá el mismo recuerdo, una y otra vez, y rogar a Ditry que todo aquello que había caído en el inconsciente, no aflorase nunca más o lo hiciese bajo una deformación simbólica que lo tornara irreconocible.

—¿Cuánto tiempo de su propia vida dijo que perdió al traerme aquí?

La voz parecía venir de todas partes al mismo tiempo, como un grito ensordecedor y reverberante que sobresaltó a Isaac.

Sin decir una palabra, Mandrágora se levantó de la silla que ocupaba junto a Wells, caminó hacia la pared más cercana y le dio un puntapié, para aplacar su furia.

El hombre se alarmó. Algo que él no podía saber era que los comportamientos erráticos eran perfectamente normales para los cronoviajeros. Y una de las máximas anomalías de Isaac consistía en que estaba perdiendo esa capacidad explosiva, que estaba volviéndose demasiado abstraído, demasiado introspectivo.

El jefe Luro se recompuso, hizo un breve ejercicio de flexión de columna y volvió a la silla. Colocó nuevamente su mano en la cabeza de Agustín y respondió cortésmente: —2.7 días.

Wells parpadeó incrédulo y, luego de unos segundos, hizo una seña frente a los ojos de Isaac, antes de hablar.

—Pero, ¡eso es espantoso! —exclamó.

Mandrágora dejó caer por enésima vez sus manos al costado de su cuerpo y se reclinó en la silla, mi-

rando, frustrado, el techo. Luego respondió: —Usted pierde mucho más en embotellamientos, colas, semáforos, llamadas en espera y cualquier otra cosa que *no quiera*, pero *deba* hacer.

—¡Pero yo lo elijo! —terció Wells.

—No más que yo —susurró Mandrágora.

El hombre se acomodó en la silla que ocupaba e inició una larga disquisición en voz alta.

—¡Esto es increíble! Ustedes parecen dominar el tiempo. Según me ha dicho, lo dividen, lo duplican, lo aceleran y lo retrasan. Lo venden, lo donan, se lo juegan, lo regalan, lo ceden, lo pierden... Se lo dan al Estado. Pero jamás lo *viven*. ¡Nunca vi peor esclavitud!

Isaac lo miró unos instantes a los ojos. El rostro del jefe Luro no expresaba nada; ni aprobación, ni ultraje, ni pena, ni furia, ni miedo. Nada. Tras un sonoro suspiro replicó: —Si continuamos así, tardaré tres días en quitarle la memoria, y esos tres días me los descontarán *a mí*. Y si no llego a tener éxito usted será trasladado a algún momento y lugar del terremoto para que pueda morir en el acto, junto con el resto de las víctimas, mientras que a mí me “desnacerán”, femtosegundo por femtosegundo, en un pozo de antientropía. Y créame que no será nada agradable.

Agustín Wells pareció ponderar en silencio el peso de esas palabras y, sin decir nada más, se sentó muy derecho en la silla y esperó a que el jefe Luro reanudara su tarea.

Pero Mandrágora no lo hacía. Sólo miraba el vacío, absorto.

—¿Y bien? —dijo el hombre por fin—. Lo último que quiero es robarle más tiempo. O volver a aquel infierno.

Isaac asintió, como volviendo a la realidad, y mientras colocaba su mano en la cabeza del hombre, preguntó: —¿Por qué no se puso a salvo? ¿Por qué regresó a su escritorio?

Agustín hizo una mueca entre risueña y culposa, metió su mano en el bolsillo derecho del saco y extrajo un rectángulo fino y duro de brillantes colores: el iterafoto de su escritorio. Se lo tendió a Mandrágora.

—Joanna es mi esposa. El de la derecha es Mateo, el de la izquierda es Marcos; tienen diez años. El lujo que no para de brincar es Klehur, nuestra mascota desde que mi padre se la regaló a los niños —aclaró.

Isaac había visto antes esos animales; en el zoológico. Estaban extintos hacía cientos de años. ¡Así que ésa era la época de la que provenía Agustín Wells!

El hombre continuó: —Quédeselo, por favor. Yo no podré recordarlo a usted, y usted merecería que pudiese hacerlo. Mi familia —dijo señalando el iterafoto— es lo más importante en mi vida, y yo sé que usted va a llevarme de vuelta con ellos. —El hombre hizo una pausa, se enjugó unas lágrimas, y agregó—: Bueno, representa una cierta clase de justicia, ¿no? Ya que yo no podré recordar a mi benefactor; es justo que al menos usted recuerde qué fue lo que salvó, y lo que ese acto significa ahora para mí.

Mandrágora miró el iterafoto en movimiento. Tras unos segundos de proyección, el propio Agustín aparecía

en escena, con algo humeante en una bandeja. Luego los chicos se alejaban y la joven risueña lo rodeaba con sus brazos para besarlo. Entonces el lujo naranja y gris se abalanzaba sobre ellos y los chicos aparecían riendo. Unas pocas escenas familiares más y todo volvía a empezar con un “Te queremos”, coreado muy cerca de la pantalla por los dos niños y la hermosa rubia de pelo corto.

Mandrágora miró inexpresivo el anverso de la placa, volvió a girarlo y, sin decir una palabra, lo metió en el bolsillo interior de su chaleco. Después colocó la mano sobre la cabeza del hombre, cerró los ojos y prosiguió su lenta y tediosa labor en el más completo silencio.

La gelatinosa mancha se formó de pronto en un sitio donde nada se movía. Mandrágora estaba solo. Todos los seres que lo rodeaban estaban inmovilizados, pero ninguno tenía rostro. Entonces, el tiempo de su traje comenzó a manar hacia ellos, fluyendo sin control. El contador avanzaba: 0.009, 0.05, 0.2, 10, 200, 1000... Y, mientras esto sucedía, Isaac desaparecía poco a poco, absorbido por esos anónimos rostros.

Despertó gritando.

Zelny se le acercó, luego de saltar de su propia cucheta.

—¿Qué pasa, Mandra?

—¡Fue un sueño, gracias a Dityr! —susurró Luro—. Era terrible... Todos esos hombres y mujeres...

Isaac respiraba agitado.

—¿Quitándote el tiempo? —completó Philip.

—¡Sí!

—Yo solía soñar lo mismo. Pero eso fue antes.

El jefe Philip Zelny se sentó en el suelo, al lado de la cucheta. Desde “el incidente”, los tres tenían arresto domiciliario en los francos. Légame tenía casa propia y las barracas rezumaban tanto aislamiento y desamparo en esas fechas que Mandrágora y Pez habían vencido sus orgullos y habían comenzado a confiar el uno en el otro. Sobre todo Pez, quien veía a Isaac de otro modo desde que había tomado la decisión de salvar a aquel hombre.

—¿Antes de qué? —preguntó Mandrágora.

Pez apoyó la espalda contra la pared. Tenía las piernas extendidas y los brazos a los costados. Parecía exhausto. Parecía viejo.

Isaac se acurrucó en su cucheta y esperó. Había puesto una mano bajo la almohada y acariciaba inconscientemente el iterafoto que le diera Agustín Wells.

Philip abrió la boca para hablar. Hizo varios intentos fútiles, y por fin balbuceó: —Antes de conocer mi futuro.

Mandrágora se sentó de golpe.

—¿Cómo? ¡Eso es imposible! Los operativos tenemos un restrictor; no podemos ir a nuestra... a nuestro límite temporal.

Pez lo miró con un brillo de compasión en sus ojos.

—¿No puedes decir “muerte”, como todos los demás? ¡Cierto; los cronoviajeros no mueren, sino que llegan a su límite temporal y se unifican con Dityr! —Meneó la cabeza, como si estuviese en presencia de un niño muy pequeño que le estaba

contando cómo había matado un dragón camino a la escuela. Luego prosiguió—: ¿Recuerdas, hace dos ciclos, cuando descubrieron la fosa paleolítica bajo el manto septentrional del mercurio?

Mandrágora dijo un “Sí” dubitativo.

—¿Recuerdas que hallaron los restos de alguien atrapado allí?

Un sudor frío perló la frente de Mandrágora antes de responder con un “Sí” suspicaz.

Pez sonrió antes de declarar: —Soy yo.

Isaac volvió a poner la mano bajo la almohada, sin dejar de ver a Philip a los ojos, y buscó desesperadamente el iterafoto. Cuando lo tuvo entre sus dedos, se calmó y dijo: —¿Estás seguro?

—El propio Cuervo me dio los análisis de confirmación.

Mandrágora soltó la placa y extrajo la mano de debajo de la almohada. Le faltaba el aire. Le faltaba vida. La barraca era un enorme pozo sin fondo y el piso parecía ceder bajo sus pies. ¡Por Dityr, debía salir de allí!

Pez continuó.

—No te preocupes. Ya sabes... Estas cosas pasan.

A Isaac se le ocurrió un pensamiento horrendo, tal vez por lo mezquino; en el fondo, todos ellos eran Pez.

El muchachito bajó la cabeza y apoyó el mentón contra el pecho; luego prosiguió, en esa extraña posición: —Al parecer, por algún motivo, voy a viajar al pasado remoto. Eras geológicas hacia el pasado. No sé bien cuando; tal vez no importe. Allí será el fin. Al parecer seré un anciano.